IV

Referencia Especial al Cuartelazo del 31 de Julio

El golpe de Estado del 31 de julio de 1900 es uno de los sucesos capitales de **La Guerra de los Mil Días.** No basta, pues, la esquemática alusión anterior, para auxiliarnos en la comprensión global del panorama de esa **Guerra,** que es uno de nuestros intereses, en esta **Primera Parte.**

Los orígenes inmediatos del 31 de julio se retrotraen a la elección presidencial de julio de 1898, cuando los históricos postularon a Rafael Reyes y a Guillermo Quintero Calderón; Caro y los nacionalistas, a Sanclemente y a Marroquín y los radicales a Miguel Samper y a Foción Soto. Caro pretendía su continuismo, por conducto de sus dos candidatos valetudinarios y ancianos. Pero las cosas no le fueron fáciles y por la precaria salud de Sanclemente se dio posesión a José Manuel Marroquín, en agosto de 1898, quien no atendió las directrices de Caro. Este maniobró eficazmente. Hizo que Sanclemente viniera a Bogotá y se posesionara de modo nominal de la Presidencia, porque de inmediato hubo de trasladarse a Anapoima y a Villeta, tratando de evitar que le ocurriera una muerte próxima.

Es comprensible que el Gobierno, sin un Presidente efectivo, trabajara anárquicamente. El Ministro de Gobierno, Rafael M. Palacio, era el de mayor valimiento. Pero todos los Ministros, como sabemos, utilizaban el facsímil de Sanclemente, como aprobación presidencial de los actos oficiales. El advenimiento de la **Guerra** agudizaría este desgobierno.

En adición a las dificultades económicas nacionales, ordinarias, la **Guerra** trajo el recrudecimiento de la corrupción gubernamental, a causa de los nuevos gastos fiscales inevitables. Los **históricos** habían dejado bien claro que no respaldarían al Gobierno de la nómina Sanclemente-Marroquín, porque entendían que ella continuaba la dominación ejercida por Miguel Antonio Caro y su grupo **nacionalista.** Llegaron al extremo de manifestar que tampoco apoyarían el esfuerzo bélico de los últimos.

Alejada la mayoría de los jefes militares conservadores de la capital, por la urgencia de atender los frentes de guerra y la conducción de los ejércitos oficiales, el débil Gobierno Sanclemente tenía pocos sostenedores. La forma en que continuaban despachándose los asuntos gubernamentales, con el anciano Presidente en Anapoima y en Villeta, era de los más precaria, y en puridad, el Ministro Palacio seguía con las riendas efectivas del poder. Ese Gobierno carecía de cohesión y no era difícil que un movimiento interno lo derrumbara. A esta labor se dedicaron los **históricos.**

Los hermanos Martínez Silva, Guillermo Quintero Calderón, José Vicente Concha, Alejandro Gutiérrez, Miguel Abadía Méndez, el propio Vicepresidente Marroquín y otros, formaban en las filas conspiradoras, si bien Marroquín no figuraba abiertamente entre los complotados. Fue el General Jorge Moya Vásquez, partidario de la deposición de Sanclemente, quien le advirtió al General Manuel Casabianca, Ministro de Guerra, que iría a Villeta, para cambiar el Gobierno. Casabianca se limitó ese mismo día, el 31, a solicitar personalmente a los Martínez Silva y otros conjurados, que desistieran de sus propósitos. Después del mediodía, Moya Vásquez se presentó a la ciudad y acuarteló sus tropas. Con su hermano (Genaro Moya) y Francisco A. Gutiérrez fue más o menos desalentado ante Casabianca. Allí, Gutiérrez dio vivas a Marroquín y todos salieron a la plaza de San Agustín, con el objeto de apoderarse de los cuarteles. No hubo resistencia alguna de parte de los jefes militares, y el grupo de civiles se hizo dueño de la situación. José Vicente Concha estaba

al mando de un grupo de conservadores jóvenes (los Cívicos), frente a los quinientos policías que comandaba Aristides Fernández, su jefe, sanguinario personaje que esperaba cualquier hecho adverso al cuartelazo en la plaza de San Agustín, pues había prevenido a Carlos Martínez Silva: "Entro en el movimiento, pero si resulta mal, yo los fusilo a todos". Como no hubo oposición en los cuarteles, Fernández se plegó al golpe incruento, sin muertos, sin heridos, sin disparos.

Ya de noche, se pudo averiguar el paradero oculto del Vicepresidente Marroquín, y conducido al palacio de San Carlos por Miguel Abadía Méndez, recibió las aclamaciones del pueblo, el tañido de las campanas y los disparos regocijados de la artillería.

Antes de consumado el cuartelazo, los conspiradores tratan de llegar a un entendimiento con don Aquileo Parra, al que ofrecen "una paz honrosa", un cuerpo constituyente, libertad inmediata de los presos políticos y otras garantías para los liberales. Parra acepta apoyar el cambio de gobierno. Estos ofrecimientos fueron reiterados el 3 de agosto por Carlos Martínez Silva, Guillermo Quintero Calderón y Miguel Abadía Méndez, en su calidad de Ministros recién nombrados por el Vicepresidente Marroquín, quien se había expresado, en su posesión del 1o. de agosto, de esta guisa: "Una guerra sangrienta divide a los colombianos. Yo quiero hacerla cesar mediante la promesa que hago solemnemente de respetar y hacer que se respeten los derechos civiles y políticos de todos".[29]

Algunos hechos grotescos se dieron con motivo del cuartelazo. A principios de agosto, Sanclemente quedó detenido en su domicilio y el 28 del mismo mes un grupo de soldados lo enjaula irreverentemente, para conducirlo a Potosí.[30] Otro de esos hechos fue el paseo en burro que el 11 de agosto la soldadesca bogotana le dio al ex-Ministro Rafael M. Palacio.

Sin embargo, al lado de quienes se proponían, en el nuevo Gobierno, lograr la paz, se dio el nombramiento de Aristides Fernández para Gobernador de Cundinamarca, reteniendo su cargo de Jefe de la Policía. Con mando de tropa y con autoridad de jefe civil y militar (Gobernador), adoptó medidas y tergiversó instrucciones, para dificultar el entendimiento que condujera a la paz. Las conversaciones iniciadas por Martínez Silva, Abadía Méndez y Quintero Calderón, tenían el apoyo primerizo de Marroquín. Pero el 25 de agosto ya los tres Ministros entraban en conflicto con el

Vicepresidente y éste expresó que ellos actuaban por su cuenta y riesgo, en carta de 4 de septiembre para Aquileo Parra, pues explicaba que habían actuado "no solamente sin mi autorización sino también sin mi conocimiento".[31] Los jefes militares conservadores que estaban ganando la guerra (principalmente el General Próspero Pinzón) no querían la paz y apoyaban a Aristides Fernández, lo que explica el nuevo giro de Marroquín.

Era natural que Martínez Silva, Abadía Méndez y Quintero Calderón presentaran renuncia de sus cargos; lo hicieron el 7 de septiembre. Pocos días después, presentó renuncia Aristides Fernández. Marroquín guarda las apariencias y no acepta las renuncias presentadas. Pero nombra al General Próspero Pinzón Ministro de Gobierno; le da por escrito segura garantía de que no gobernará con los complotados del 31 de julio y le anuncia el próximo nombramiento de Carlos Martínez Silva (el más destacado jefe del cuartelazo) como embajador en Washington,[32] para alejarlo del teatro de los acontecimientos políticos.

La esperanza de paz se esfuma por completo. La guerra va a continuar con renovada ferocidad, pues hasta los liberales pacifistas reconocen que si no se lanzan a los campos de batalla, los espera el Panóptico. El cuartelazo del 31 de julio fue un acto de culminación en la pugna de **históricos y nacionalistas** conservadores, y al mismo tiempo, el aborto final de los males de la **Regeneración.** Al día siguiente del golpetazo, el Vicepresidente Marroquín engañaba a unos y a otros, valido de su duplicidad e inercia personal, que desembocaban en decisiones inesperadas. Caro califica la situación de "gobierno marroquinesco", en un soneto satírico.

V

Las Acciones en el Cauca y en el Litoral del Pacífico

Preparativos Frustrados en Panamá

(1899-1900)

Desde 1896 era un hecho bien conocido por los liberales en todo el país, incluso los panameños, que en el Partido se hablaba de una próxima revolución liberal. Algunos jefes liberales escribían en sus periódicos, defendiendo la tesis de la lucha armada, en tanto que otros jefes, sin descartarla del todo, guardaban mayor circunspección. Entre los primeros, el General Rafael Uribe Uribe era uno de los más destacados y clamantes, sobre todo desde las páginas del **Autonomista** y desde los estrados del Congreso, en el que era casi el único vocero liberal. En sus preparativos, Uribe Uribe viajó al extranjero, y estuvo escasos días en Panamá, más o menos a mediados de 1898, en donde mediante discurso público, frente a numerosos correligionarios que le escuchaban bajo el balcón del **Hotel de la Marina,** le hizo propaganda enardecida al triunfo armado del Partido Liberal.

En la ciudad de Panamá, un grupo de jóvenes liberales estaba

ganado para la vía de la guerra; reproducían los artículos incendiarios del **Autonomista** y los distribuían, incluso en las principales ciudades del resto del Departamento. En esta propaganda se recuerda a Francisco Filós, Domingo S. de la Rosa, Manuel A. Noriega, Heliodoro Patiño, Temístocles Díaz, Carlos A. Mendoza y otros. Pero los viejos liberales istmeños tampoco sacaban del todo el bulto. Pablo Arosemena, Francisco Ardila, Buenaventura Correoso, Rafael Aizpuru y Domingo Díaz, estaban enterados de las incitaciones abiertas que se hacían por todo el país, y de los preparativos más o menos sigilosos que se estaban cumpliendo.

Los liberales panameños optaron por conocer, de parte del mismo centro botogano, cuál era la realidad de la inminente insurrección y su fecha, por lo cual tuvieron información fidedigna, luego del regreso de un enviado especial (Domingo de la Rosa), el 18 de octubre de 1899, de que la guerra empezaría dos días después. No había en Panamá la más mínima preparación para el alzamiento, y don Pablo Arosemena, con su larga experiencia y conociendo cuán poco organizadas podían estar las cosas en todas partes, comentó desalentadamente: "Todo ha fracasado. Sería una locura buscarle enmienda".[33]

Al estallido, que ya conocemos, las autoridades conservadoras iniciaron las detenciones de liberales, y éstos intentaban esconderse, para estar en posibilidad de cualquier acción, pues los jóvenes abrigaban ardorosamente el apoyar también con un inmediato alzamiento en Panamá. Esos ardores hubieron de frustrarse, porque ni eran suficientes hombres, ni tenían las armas indispensables. Sin embargo, el grupo **guerrerista** de jóvenes liberales panameños inició sus escaramuzas días después del 20 de octubre, en la ciudad de Panamá. Unos treinta hombres, jefaturados por Domingo S. de la Rosa, Temístocles Díaz, Juan Antonio Mendoza, José Agustín Arango Jované y Alberto Santodomingo, desde sus escondites urbanos, se trasladaron a Arraiján, con unas pocas armas, a fin de hacer causa común con los liberales de la Provincia de Coclé, sitio al cual había marchado Francisco Filós, con el propósito de encender acciones bélicas.

Al salir de la ciudad, los **conspiradores** hirieron de un disparo de revólver, hecho por Temístocles Díaz, a un policía que estaba de centinela en **San Miguel.** Luego pasaron a Arraiján y después a Bique, en donde recibieron la información de que el Gobernador había

designado una comisión de dos personas, que se entrevistaría con el grupo liberal en La Chorrera, para disuadirlos de sus arrestos. Vista la carencia de elementos de guerra y la pequeñez del grupo, Domingo de la Rosa firmó un pacto con la comisión, por medio del cual obtuvo garantías de libertad para los **alzados.**

En Coclé, las cosas fueron algo diferentes. Filós y Manuel Patiño se dirigieron desde Antón a Penonomé en donde se les unió César Fernández, y pasando a Natá proclamaron la revolución el 27 de octubre. Regresaron a Antón llevando prisioneros a unos cuantos conservadores, a los que agregaron otros, entre ellos al doctor Emiliano Ponce. Con veinte liberales que se les añadieron, obligaron al Prefecto Aquilino Tejeira, en Penonomé, quien prefirió evitar un tiroteo, a que les entregara la plaza. Nuevamente el grupo rebelde pasó a Natá, y de allí a Aguadulce, para ocupar estos lugares, en donde tampoco hubo resistencia conservadora.

Informados luego los flamantes **revolucionarios** de que estaban por llegar, desde Antón a Penonomé, cien soldados del batallón **Colombia,** al mando del Coronel Guerrero y del Capitán Esteban Huertas, los liberales insurrectos decidieron dispersarse, tras breve cruce de disparos, en el que pereció Vitalio Beltrán, corneta del grupo liberal, que sin huir, extrañamente tocaba su instrumento.(34)

Liquidada en tal forma la aventura inicial de los liberales panameños, algunos de ellos pensaron en viajar subrepticiamente a Colón, para unirse a las fuerzas ya combatientes de Uribe Uribe. Tal cosa decidieron Temístocles Díaz y Domingo S. de la Rosa, pero cambiaron de plan y viajaron por mar a Guayaquil, para entrar por el sur de Colombia. Lo que aconteció a Díaz y a de la Rosa; los preparativos y hostilidades en que después se vieron envueltos, nos permitirán incursionar en los episodios de la **Guerra,** que acontecieron por ese remoto lado de la República, a fines de 1899 y en los primeros y siguientes meses de 1900.

Como en muchos lugares, también los liberales de la costa sur colombiana trataron de secundar la insurrección ordenada para el 20 de octubre de 1899.

Los liberales de Tumaco y lugares de la costa como **El Bajito, Vaquería y Boca Grande,** burlando la vigilancia conservadora, se

concentraron en **Cabomanglares,** al mando del Coronel Eduardo Ortiz, y optaron por atacar Tumaco, pasando por **El Congal,** donde había una pequeña guarnición conservadora. Actuando por sorpresa, con la noche y la ayuda de algunos miembros de la guarnición que eran liberales, ocuparon el pequeño cuartel de **El Congal.** Regresaron por **El Bajito y Vaquería,** con 300 hombres, y el 5 de noviembre de 1899 alcanzaron la isla del **Pindo,** moviéndose hacia Tumaco. Una delegación de esta ciudad les anunció que los conservadores habían desocupado Tumaco, y el 6 de noviembre los liberales entraron a ésta.

"Ya por falta de dinero para sostener la gente —dice el Coronel Ortiz—, ya por carencia de armas, pues las pocas que teníamos eran de mala calidad y estaban desprovistas de pertrechos, hubimos de fracasar, como a los veintidós días, atacados por la **Boyacá,** al mando del Coronel Manuel S. Caicedo, a quien no le acepté la capitulación que me propuso y salí con mi gente para buscar refugio en la frontera del Ecuador".(35)

En las poblaciones de uno y otro lado de la línea fronteriza se establecieron los restos de la fuerza del Coronel Ortiz. Y a Guayaquil habían llegado el Dr. Simón Chaux, Julio Plaza, Roberto Payán, Ricardo Gómez, Juan Jacobo Restrepo y otros. A este grupo se unieron Temístocles Díaz y Domingo S. de la Rosa, en el mencionado puerto ecuatoriano, todos los cuales posteriormente se dirigieron a Esmeraldas, en el norte de Ecuador, lugar en que se les agregaron el Coronel Eduardo Ortiz, Eladio y Alejandro Pérez R., Pío Quiñónez y muchos otros liberales, integrando una legión considerable, dispuesta a invadir por el sur de Colombia. Hubo acuerdo en designar al Dr. Chaux como Jefe Civil y Militar de la expedición, y se comisionó a Roberto Payán para que gestionara en Limones, isla próxima, la obtención de transporte marítimo, en diciembre de 1899.

Los insurrectos decidieron llegar a los poblados colombianos inmediatos, y ante la amenaza de invasión los retenes conservadores desalojaron **Casas Viejas, Bocana y El Congal,** sitios que fueron ocupados por los liberales en marcha hacia **Cabomanglares,** en donde establecieron su cuartel y organizaron definitivamente sus fuerzas. Los jefes de la expedición acordaron ganar la posición de **Barbacoas,** en retaguardia, para cuando atacaran a Tumaco.

Enterado el Coronel Eduardo Ortiz de que se ultimaban los

preparativos de la invasión, trató de buscar un entendimiento con el General Chaux, lo que no pudo lograr, y a causa de ello Ortiz y otros oficiales que lo habían acompañado en la primera ocupación de Tumaco se distanciaron de Chaux. Poco tiempo después, sabedor Ortiz de la planeada acción sobre **Barbacoas** se presentó al campamento de Chaux, pidiéndole armas para atacar esta población, lo cual le fue negado categóricamente. Según puede advertirse, las diferencias intestinas entre algunos jefes liberales no escaseaban por todos los horizontes de la **Guerra.** Ya en marcha los liberales hacia su objetivo, el Coronel Eladio Pérez R., entonces Jefe de Estado Mayor, avisó al Coronel Ortiz, para que se agregara al asalto, pero éste no llegó a tiempo. La lucha en **Barbacoas** fue de pocas horas, y triunfaron los liberales. En ella se distinguió por su valentía el Sargento Mayor Temístocles Díaz. Ortiz llegó al día siguiente.

El mando liberal ordenó dejar a **Barbacoas,** para la concentración contra Tumaco, abandono con el cual se mostraron en desacuerdo Ortiz, el propio Jefe de Estado Mayor Pérez R., el Comandante Gabriel Rodríguez y el Sargento Mayor Alejandro Pérez R., quienes hasta resolvieron separarse del batallón que había peleado en **Barbacoas,** para entenderse directamente con Chaux.

El General José Antonio Ramírez Uribe fue designado entonces Jefe de Estado Mayor, y Julio Plaza como General de Brigada. Los atacantes de **Barbacoas** regresaron a fortalecer los cuerpos de ejército que se aprestaban para recuperar a Tumaco, siendo Jefe de las fuerzas conservadoras el General Vicente Micolta C. La ciudad de Tumaco se encuentra en la isla del mismo nombre, y cerca de ella, las islas **El Morro, La Viciosa y El Pindo.** Los liberales atacaron desde la playa de esta última, hacia las fuerzas conservadoras estacionadas en Tumaco; el fuego se intensificó de parte y parte, mas la marea creciente (recuérdese que **El Pindo** y **Tumaco** son islas próximas) ya no permitió el asalto liberal. En la playa de una y otra islas fueron arrastrados por las olas algunos cadáveres. A los pocos días, un nuevo intento liberal de llegar a Tumaco repitió los resultados inciertos del combate anterior. Empero, los jefes conservadores decidieron retirarse de Tumaco y hacerse fuertes en **El Morro,** lo que aprovecharon inmediatamente las fuerzas liberales para entrar a la desguarnecida ciudad de Tumaco, ahora por segunda vez,[36] aunque el enemigo tiraba desde su nueva posición, tan sólo a unos dos mil metros de distancia. En las filas liberales se ordenaron ascensos, y entre ellos, Temístocles Díaz quedaba como Teniente Coronel,

y Domingo S. de la Rosa como Sargento Mayor. Se estimó necesario designar a Díaz como Secretario General de la Jefatura de Chaux, y encomendarle que gestionara en Guayaquil la adquisición de una nave, que permitiera defender a Tumaco, sitio al cual comenzaron a converger otros jefes liberales, como Temístocles Rengifo V., Rubén Paz, José Cicerón Castillo, Efraín Llorente, el Sargento Oyola, y muchos más. Este último tomaba, a veces, una canoa, cuyo gobernalle encargaba a un compañero de tropa, y estando **El Morro** a unos trescientos metros de distancia, se dedicaba a disparar contra los conservadores, gesto de temeridad que le fue reprendido al principio, y hasta sancionado después con arresto, hasta cuando por fin Oyola desistió de su imprudente proceder. Ejemplo de arrojo y desafío, que fue un clima colectivo en las filas liberales de todo el país, desde el principio hasta el fin de la **Guerra.**

Acabamos de expresar que se comisionó a Temístocles Díaz, ya ascendido a Coronel, para que obtuviera en Guayaquil el barco que tanto necesitaban, incluso artillería de montaña, rifles y cápsulas, todo lo cual logró Díaz, por medio de hábiles gestiones. Regresó a Tumaco, al mando del vaporcito armado **Ricardo Gaitán Obeso** y con los demás implementos de que se ha hecho mención. Consideró el mando liberal que estaba en condiciones de preparar el rescate de la plaza de Guapi, y nombró al General José Antonio Ramírez Uribe para que fuera como Jefe de operaciones, al Teniente Coronel Domingo de la Rosa en función de Comandante del batallón **Mosquera** y que el **Gaitán,** al mando del Coronel Temístocles Díaz, intervieniera en tal movimiento.

Los jefes liberales de esa misión viajaron a bordo del **Gaitán** (Ramírez Uribe, Díaz, de la Rosa, etc.) y el contingente del **Mosquera** iba en embarcaciones de menor tamaño, protegidas por el primero. En la población de **Mosquera,** se aprestó el contingente para salvar, en marcha rápida, varios caseríos que estaban antes de Guapi. Algunos prisioneros dieron fe de su profesión liberal, entre ellos uno de apellido Romero y se les incorporó a filas. Ese Romero fue el espía conservador que más tarde esquivó pelear en el **Puente de Calidonia** y que días después ya figuraba entre las fuerzas conservadoras de Panamá, como lo explicaremos posteriormente.

Oriundo de Guapi y liberal era Roberto Payán, cuyo padre había venido con su familia a instalarse en Panamá (Ramón Payán), comerciante rico y conservador en cuanto a posición política. Al

Teniente Coronel de la Rosa le llegó aviso de trasladarse con el **Mosquera** a la costa, porque se había tenido conocimiento, por conducto de Paulo Emilio Morales y de Rafael Urriola, de que el Dr. Belisario Porras estaba urgido de refuerzos, desde el combate de **La Negra Vieja** (8 de junio de 1900), para ocupar la ciudad de Panamá. El parlamento de los comisionados de Porras (Morales y Urriola) con el General Simón Chaux, Ricardo Gómez, Temístocles Rengifo, José Cicerón Castillo y luego con José A. Ramírez Uribe, Temístocles Díaz y Domingo de la Rosa, trajo por consecuencia la decisión de trasladarse todos, con el **Mosquera** a Chame, en el **Ricardo Gaitán Obeso, la Rosa del Charco y la Cisterna** (en esta última y en una lancha habían viajado los comisionados Morales y Urriola), a fin de auxiliar a Porras en su campaña del Istmo. El General Julio Plaza quedaba como Jefe de todas las fuerzas liberales esparcidas en la costa sur del Departamento del Cauca. Estas decisiones fueron tomadas a fines del mes de junio de 1900.

Miguel Antonio Caro
(1843-1909).

Coronel Temístocles Díaz,
liberal panameño caído en
el Puente de Calidonia.
Fotografía tomada en Tumaco (1900)

VI

Guerrillas, Guerra a Muerte y Desastre Nacional

a) Guerrillas

En las acciones bélicas del interior colombiano y en las de la Costa Pacífica, aludidas con anterioridad, la cronología nos ha traído al punto en que ya se iniciaba recientemente el curso de la **Guerra** en el Istmo de Panamá.

Aunque nuestro interés primordial no es el de historiar **La Guerra de los Mil Días** como un todo, estimamos necesario destacar algunos otros aspectos de esa contienda, antes de trazar el cuadro panameño de la misma, a fin de que el panorama general de esta **Primera Parte** sea más completo. En esta sección abandonamos un poco el orden cronológico, supeditándolo a la conveniencia de la síntesis genérica.

Si bien las acciones guerrilleras no faltaron en los meses iniciales del conflicto civil, fue después de **Palonegro** cuando la estrategia liberal hubo de lanzarse por el camino de las guerrillas. Al comienzo, únicamente el General Avelino Rosas propone la lucha irregular, si bien no se le presta atención. Ha venido por el Orinoco, llegando a

Santa Elena de Upía, Huila, el 9 de diciembre de 1899, y es veterano de la guerra de independencia cubana, a quien Maceo ha llamado **El León del Cauca.** En los últimos días de febrero de 1900, al pasar por Mesetas del Guejar, Rosas se enfrenta a las tropas del General Ospina Chaparro, a las cuales derrota ampliamente, pasando así al Tolima, en donde se desarrollará una fuerte lucha guerrillera. Tiempo después, en junio de 1901, Rosas se encuentra en el Ecuador, con otros jefes liberales, y al mes siguiente inicia otro capítulo de la acción guerrillera con unos mil hombres. En septiembre de ese año se enfrenta, en Puerres a fuerzas muy superiores; cae herido, es apresado y luego un soldado conservador lo mata a quemarropa.

Otros dos jefes guerrilleros que se destacan son Tulio Varón y Ramón Marín (el famoso Negro Marín). El 8 de junio de 1900 (el mismo día del combate de Bejuco, en Panamá) esos dos jefes unen sus fuerzas y atacan a Ibagué, pero son rechazados. El Negro Marín dirige otras acciones, y cuando en febrero de 1901 se reanuda el movimiento guerrillero del Tolima, ocupa a Honda y fija su cuartel en el Magdalena, pero antes es herido en el combate de Lérida (Mayo 30 de 1901).

Desde los primeros días de la **Guerra,** Tulio Varón es jefe guerrillero, y el 29 de octubre de 1899 ataca a Girardot, siendo repelido. Pelea en Rioblanco, Tolima, el 9 de diciembre siguiente; y el 7 de mayo de 1900, en el encarnizado combate de Ambato (Tolima); siendo el único jefe liberal que retira en orden sus tropas. Nuevamente lucha en Piedras, el 31 de mayo, donde ambas partes sufren fuertes bajas. Acompaña al Negro Marín, el 8 de junio de 1900, en otro ataque a Ibagué. Recibe auxilios y refuerzos el 17 de junio. Un año después, interviene en la acción del Alto de Ambato (3 de junio de 1901), y con otros jefes (Caicedo, Marín) pasan a Cundinamarca, en incesantes combates. El 31 de agosto libra la extraordinaria acción guerrillera de **La Rusia.** Está cercado por las fuerzas de los Generales Perdomo, Rivera y Aguilar y por destacamentos del batallón Briceño. A las tres de la madrugada, distribuye sus fuerzas para que cada grupo caiga sobre un grupo contrario. Cuerpo a cuerpo y machete en mano, con el brazo izquierdo desnudo para reconocerse en la obscuridad. Ha decidido "colarse en el gallinero, matar algunas gallinas y escapar de carrera", según sus propias palabras. Dice el historiador Tamayo que "por espacio de una hora no se oyó ruido diferente al del macabro de los machetes al chocar contra los huesos".[37] Hubo más de mil muertos conservadores. El 21 de sep-

tiembre de 1901 Varón perece en el tercer ataque a Ibagué.

Durante la guerra civil colombiana de fines del siglo XIX, se repite la experiencia universal de las acciones guerrilleras de ese mismo siglo, tanto en América como en Europa (España), en que se lucha irregularmente, con emboscadas, golpes de sorpresa, vida azarosa de los combatientes, expuesta a grandes peligros y dificultades. El valor temerario de los guerrilleros y su constante desafío de la muerte, los endurece y convierte en verdaderas fieras humanas. En los años de 1900 y 1901, las guerrillas liberales de Colombia (incluyendo las de Victoriano Lorenzo en Panamá) se propagan por doquier, desatando cuadros dantescos. Gonzalo París Lozano, que ha relatado la lucha guerrillera en el Tolima, recuerda el frenesí sangriento de no pocos guerrilleros. Al pasar cerca de un pueblo un escuadrón guerrillero, la mujer de uno de ellos sale a su encuentro, y la ferocidad de que ya estaba imbuido ese guerrillero lo lleva a matarla machete en mano. Después del hecho, los amigos de la víctima le presentan a su propia hija pequeña, a quien no conoce, y el bárbaro exclama: "Maldita sea, otro pereque", y en el acto la mata con el mismo machete ensangrentado.[38]

El Gobierno conservador perseguía con saña a los guerrilleros. Pero algunos jefes liberales los condenaron también. Vargas Santos había replicado airadamente en una ocasión: " yo no soy guerrillero". Uribe Uribe, desde Nueva York, en donde había buscado refugio, cuando salió del país por **Riohacha**, en marzo de 1901, dirige un **Manifiesto de Paz a los Liberales en Armas,** y afirma que "el gobierno es impotente para debelar la revolución, pero la revolución es impotente para derribar al gobierno", según el documento de 12 de abril, en el cual agrega: " El sistema de guerrillas, de que siempre he sido enemigo, sirve para extender el área de destrucción, mas no para resolver el problema militar, lo cual está reservado a las batallas entre ejércitos". Para fines de agosto de 1901, los conservadores estaban derrotando las guerrillas liberales de Cundinamarca, Tolima y Boyacá.

b) Guerra a Muerte

En los días postreros de octubre de 1900, el Alcalde liberal de Ortega, Carlos Olivera, pone en vigor un bando de retaliación: " Por orden del General Aristóbulo Ibánez, todo conservador que sea cogido, esté o no armado, será pasado por las armas".

El 18 de febrero de 1901, el Gobierno de Marroquín formaliza, mediante Decreto, la guerra a muerte, en cuya virtud se establecen los consejos de guerra verbales, para sancionar el incendio, el asalto en grupo, las lesiones, el homicidio, el robo, el maltratamiento contra los templos católicos, la fuerza y violencia contra las mujeres, los daños a la propiedad ajena, llevados a cabo por gente armada; las sentencias no tendrán recurso, salvo la consulta de la pena capital en 48 horas, con el jefe civil y militar del Departamento.

De este modo, queda institucionalizada de parte y parte, mucho más de parte del Gobierno, la matanza de prisioneros. El 31 de agosto de 1901, siete compañeros de Tulio Varón, que han usado el machete en **La Rusia,** fueron capturados en la huida y se les ahorca sin fórmula de juicio. El jefe guerrillero Avelino Rosas, estando herido, es ultimado en una cama. Otros fusilamientos son los de los Generales Félix Piñeros, Antonio Suárez de la Croix, Tomás Lawson, Gabriel Calderón, Sebastían Tovar, Juan Vidal y Julián Lozano; de los Coroneles Virgilio Leiva y Anatolio Barrios; de los Comandantes Rogelio Chávez, Benjamín Mañozca, Clímaco Pizarro y Germán Martínez, todos liberales. En el Guamo, 18 prisioneros liberales son fusilados, en abril de 1902. Terminada la acción de **La Jagua,** 20 oficiales jóvenes del liberalismo que lucharon a órdenes del General Pulido son masacrados en la Quebrada del Tamarindo. El 13 de septiembre de 1902, se fusila a los Generales Cesáreo Pulido y Gabriel Calderón, con cinco soldados. El 6 de octubre es fusilado el General Aristóbulo Ibáñez. Con anterioridad, el 28 de febrero de 1902, el nuevo Ministro de Guerra, el cruel y fanático Aristides Fernández, comunica a Juan MacAllister, jefe de las guerrillas liberales de Cundinamarca, que si en veinte días no pone en libertad a los Coroneles Pantaleón Camacho, García Padilla, Moreno y Acuña, fusilará a Emiliano Angel, Juan de la Rosa Barrios, Víctor Julio Zea y Celso Román, liberales detenidos en el Panóptico de Bogotá. Los fusilamientos ordenados por Aristides Fernández y sus amenazas de continuarios produjeron gran indignación. Ilustres conservadores, como Miguel Antonio Caro, Mariano Tanco, Antonio Gómez Restrepo, Marco Fidel Suárez, Antonio Roldán, Jorge Moya Vásquez, Jorge Roa, Luis Martínez Silva y otros, remiten una protesta al Ministro de Relaciones Exteriores, Francisco Paúl, el 25 de agosto de 1902. Fernández actúa entonces contra ellos. Uno de los firmantes, Emilio Ruiz Barreto, se retractó (diría Caro que " se retrató"). Carlos Martínez Silva, Francisco A. Gutiérrez, José Joaquín Pérez, Bernardo Escobar e Isidro Nieto van a parar al Panóptico. Los otros se ocultan.

Además, Fernández dirige una circular a los Gobernadores y Jefes Militares, sobre el fusilamiento de los revolucionarios que fueran capturados.

Desde Aguadulce, en pleno sitio de esta población, la oficialidad que acompaña al General Benjamín Herrera, con fecha 15 de octubre de 1902, también eleva una encendida protesta "contra el sistema de guerra seguido por Fernández, que hace del asesinato a mansalva y a sangre fría, el medio de conseguir la sujeción a un sistema que repugna por igual a las gentes honradas del país, sin distingo de liberales ni conservadores".(39)

Las guerrillas y los ejércitos liberales demostraron mucha menor sevicia, aunque también cometieron crímenes y depredaciones. No pocas veces, dieron a los heridos y a los prisioneros un trato humanitario.

c) Desastre Nacional

Más que un fracaso liberal o un triunfo conservador, **La Guerra de los Mil Días** constituyó un desastre nacional. Desde un comienzo, el liberalismo insurrecto perdió numerosas batallas. A fines de 1900 y principios del siguiente año, los principales jefes liberales habían huido al extranjero, para acopiar fondos y armamentos y organizar nuevas rebeliones. Benjamín Herrera salió por Cartagena; Vargas Santos, por la Guajira, hacia Venezuela, y Uribe Uribe, por Riohacha, hacia Nueva York.

En mayo de 1901, el periódico **La Opinión** da a conocer unas estadísticas muy aproximadas. Hasta ese momento, la guerra la habían escenificado 105.000 hombres armados: 70.000, por el Gobierno; 35.000, por los liberales. Se habían librado 216 combates. El Gobierno había gastado 70 millones de pesos. Ya contaban 30.000 los muertos. Al terminar la contienda, hay 60.000 muertos, según cálculo del Coronel Leonidas Flórez Alvarez. Otros cronistas dan cifras más altas, como Luis Eduardo Villegas, que calcula 100.000 víctimas fatales.

Toda Colombia queda en ruinas. En lo material, en lo económico y en lo moral. En el campo, las malezas y el abandono ocupan el lugar de las prósperas haciendas de café, tabaco, cacao, ganados y caña de azúcar. Tanto liberales como conservadores han

cargado a la población con empréstitos, exacciones y reclutamientos forzosos. De cien millones de pesos que circulan en julio de 1900, la **Guerra** ha dejado ochocientos millones de pesos en circulación, pues un bando y el otro imprimen emisiones, aunque los liberales lo hacen en escala reducida. Un enjambre de **contratistas** pulula alrededor del Gobierno en guerra.

Urgido de fondos, el Gobierno conservador prorroga por seis años, el 27 de diciembre de 1900, el contrato del canal interoceánico, que vencía en 1904, y la concesionaria le paga cinco millones de francos. Para contener la ocupación liberal de Panamá, en agosto de 1902, el Gobierno solicita la intervención norteamericana en el Istmo, y acepta firmar el tratado del canal con los Estados Unidos. Pero los liberales también han comprometido la personalidad internacional de la República, con el apoyo que reciben de los Gobiernos de Venezuela, Ecuador, Nicaragua y Salvador. En las fronteras colombianas de Ecuador y Venezuela se han dado combates que casi llegan a la guerra internacional.

Antes de concluir el primer año de guerra, el Gobierno conservador está profundamente dividido, y un sector del conservatismo, apoyado por algunas tropas, depone a Sanclemente y entroniza a Marroquín, proponiéndose negociar con los liberales el fin de la hecatombe, pues la paz es el anhelo de todos. Pero llega a prevalecer inmediatamente la intransigencia de los conservadores guerreristas, y Marroquín se inclina por ellos. Esa continuación de la **Guerra** se prolongará por dos años más, en los cuales llega a consumarse el desastre nacional que dejamos señalado.

SEGUNDA PARTE

LA GUERRA EN PANAMA

"Habrá sus dijuntos"

General Emiliano J. Herrera

Belisario Porras en la época de los Mil Días (1856-1942).

I

De Punta Burica a Chame

Algunos jefes liberales panameños, a consecuencia del fracaso de la insurrección liberal de 1895 y de las persecuciones conservadoras, optaron por el exilio. Entre ellos se encontraba el doctor Belisario Porras, quien había viajado en 1896 a El Salvador y Nicaragua. En este último país había logrado, por su talento, desarrollar con éxito considerable su profesión de abogado, y obtener el respeto del General José Santos Zelaya, a la sazón Presidente de la República, quien lo había designado para varias funciones oficiales, entre las cuales estaba la última, de Cónsul en Londres, pero sin haber viajado aún.

Como los preparativos de la insurrección liberal de fin de siglo habían llevado a que en cada Departamento de Colombia se eligiera por medio del voto de los liberales un Director Departamental, esa elección recayó, en Panamá (julio de 1899), en el doctor Porras. Pero cuando en octubre del mismo año se iniciaron las hostilidades bélicas, Belisario Porras vivía exiliado en Nicaragua, como sabemos, y aparentemente no estaba prevenido del comienzo de las mismas.

Relata el Dr. Eusebio A. Morales que en la impotencia en que se encontraban los liberales istmeños para alzarse en armas, estimaron que se imponía la presencia en Panamá del doctor Porras, con una invasión armada, para ayudar la revolución liberal iniciada en Santander. Comisionado al efecto Morales, partió de Panamá el 10 de enero de 1900 y pocos días después se entrevistó con Porras en Managua.

"El doctor Porras —explica Morales— no vaciló un solo instante. El deber nos llama, me dijo; cumplamos sacrificándolo todo, hasta nuestras vidas. Sé que vamos a lanzarnos en una aventura sin precedentes, llena de azares, de sufrimientos y de peligros, pero no podemos evadir el cumplimiento de ese deber, y lo cumpliremos con fe, con valor y con entusiasmo. Estas fueron poco más o menos sus palabras, dichas con la vehemencia del convencido y repetidas después siempre que hablábamos sobre nuestros planes".(1)

Porras y otros liberales, como se ha dicho, vivían exiliados en Centroamérica (Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica); incluso el General Rafael Uribe estuvo meses en Guatemala (1898), y trató de que el tirano gobernante de ese país, Manuel Estrada Cabrera, diese auxilio de armas y otros recursos. Porras unió sus esfuerzos a los de Uribe Uribe, en Guatemala, y después regresó a Managua, para obtener ayuda del Presidente Zelaya. Ambos gobernantes prometían auxilios, cuya realización dilataban más y más, lo que obligó a Uribe Uribe a dejar Centroamérica, mientras Porras seguía empeñado en sus gestiones. Los liberales refugiados en Ecuador habían obtenido una amplia, real y efectiva ayuda del General y Presidente Eloy Alfaro, quien hasta llegó a colocar fondos, en manos de los cónsules nicaragüenses y guatemaltecos en Nueva York, evitando posibles protestas o represalias del gobierno conservador colombiano. Pero Estrada Cabrera engañó a los conspiradores liberales y únicamente Zelaya, después de largos y angustiosos meses, decidió conceder el necesario apoyo, si bien no fue de mayor volumen, pero utilizando fondos venidos de manos de Eloy Alfaro.(2)

A las diez de la mañana del 26 de marzo de 1900, Belisario Porras y unos 100 hombres se apiñaron en la nave **Momotombo**, con el parque de guerra logrado, saliendo del Puerto de Corinto, a fin de desembarcar por la Provincia de Chiriquí, pues la nave, que era del gobierno nicaragüense, debía regresar inmediatamente, para evitar encuentros con la **Boyacá**, buque armado conservador que se man-

tenía vigilante por el litoral del Pacífico colombiano, inclusive Panamá. El 30 de marzo arribó la expedición a Charco Azul, en Punta Burica, y se decidió inspeccionar la costa, que se notaba desierta. Al día siguiente, 31 de marzo a la una de la tarde se da comienzo al desembarco de la tropa y del armamento, lo cual fue completado a las seis de la tarde, en San Bartolo, lugar despoblado e inhóspito, sin que la fuerza liberal tuviera ni caballos ni alimentos suficientes, que prácticamente habían consumido en el viaje marítimo.

De poco sirvió inmediatamente, pues, la soldada reducida que Porras distribuyó entre la tropa, al embarcar en Corinto. De la exigua cantidad de dos mil pesos, recibida por Porras, entregó 350 al General Emiliano J. Herrera, y a los soldados pudo dar tan sólo diez pesos, y cantidades algo mayores a los oficiales. Pero algunos que recibieron la magra ayuda ni siquiera se embarcaron, y de este modo se perdieron unos 600 pesos.

En la misma fecha del desembarco, el doctor Porras asumió el mando como Jefe Civil y Militar del Departamento de Panamá; designó al General Emiliano Herrera como Jefe de Operaciones Militares;[3] a Carlos A. Mendoza como Secretario de Gobierno y a Eusebio A. Morales como Secretario de Hacienda.

Desde Punta Burica, marchando penosamente por la playa de día y de noche, el grueso de la expedición, al mando del General Herrera, abandonó San Bartolo el 1o. de abril, llegando al día siguiente a las seis de la tarde al pueblo de Alanje, en cuyas cercanías ya el campesino ayudaba con bestias y algunos hombres. Porras, que había quedado con el parque y diez hombres, viajó desde la tarde del 2 de abril y se unió a Herrera en Alanje, el día 3, pasado el mediodía. Se dispuso atacar inmediatamente a David, la ciudad principal de la Provincia de Chiriquí, que estaba a unas tres horas de camino, poco resguardada por el Gobierno. A las once de la noche, llegaron a San Cristóbal, en las afueras de David, y en la ruta se les unieron Aníbal Ríos, Silvestre Quintero, Nicolás Alvarado y otros liberales chiricanos.

A las cinco de la mañana del 4 de abril se escucharon las dianas de cornetas en el campamento liberal, que se aprestaba al ataque, y los conservadores, jefaturados por el Coronel Aníbal Gutiérrez Viana, respondieron con un tiro de cañón y fuego de fusiles. Porras y

Mendoza, para dar ejemplo a los bisoños expedicionarios, encabezaron a caballo el avance, exponiéndose innecesariamente. El tiroteo se hizo nutrido a medida que penetraban los liberales por las calles de David y luego de hora y media de combate ocuparon la Plaza del Carmen y la Iglesia, desalojando de allí a los conservadores. En la acción perecieron dos oficiales conservadores (uno fue el Capitán Roberto Cuevas) y hubo cinco muertos liberales, entre ellos el costarricense Jaime Víquez, al momento en que regocijado por el triunfo daba la mano a Porras. También murió el Coronel Feliciano Morales, primer jefe de la artillería liberal.

Enviada por el mando de las fuerzas liberales, una patrulla ocupó Remedios, el 7 de abril, con saldo de cuatro muertos conservadores y dos liberales.

Los apacibles días de David permitieron organizar las fuerzas revolucionarias; obligar algunas contribuciones económicas de ciertos conservadores ricos (José Domingo de Obaldía, José Modesto Molina, Ambrosio de Gracia y otros, de quienes se obtuvieron 35,000 pesos); engrosar las filas liberales y pertrecharse con doscientos caballos y la carne de noventa novillos. Algo más recaudarían posteriormente los liberales, en su largo recorrido hasta Panamá. En contraste, la exacción de guerra de los conservadores arrancada a los liberales chiricanos, en mayo de 1900, fue de 63,469 pesos, según datos de la Gaceta Oficial de Panamá, del 25 de febrero de 1901.

Un hecho aparentemente rutinario ocurrió en David, cuando el Comandante del crucero de guerra norteamericano **Philadelphia**, con algunos compañeros, desembarcó para hablar con el Dr. Porras y averiguar cómo estaban sus coterráneos, el día 15 de abril (anteriormente, el día 13, dos oficiales norteamericanos de esa nave habían hecho la primera visita). El Comandante W.W. Mead le ofreció a Porras su mediación para poner fin a las hostilidades y en la conversación le preguntó en cuántos días consideraban los liberales que podrían llegar a la ciudad de Panamá, todo lo cual ocurrió sin mayores resultados. Pero se trataba de un síntoma muy elocuente del interés de los Estados Unidos en el desenlace de la guerra civil, y de sus repercusiones en Panamá, por cuanto que ese país del Norte era garante del tránsito por el ferrocarril entre los dos mares y de la soberanía de Colombia en el Istmo, conforme al Tratado Mallarino-Bidlack, de 1846.

El objetivo último de la invasión de Porras consistía, como era obvio, en apoderarse de la capital del Departamento, la ciudad de Panamá, para establecerse en ésta y ayudar desde tan importante punto a la revolución liberal que libraba duras batallas en el Norte, Centro y Sur de Colombia. Por ello se dispuso que el General Emiliano J. Herrera, con unos trescientos hombres (los tres batallones **César Conto, Robles y Uribe Uribe**), se movilizara por tierra hasta Santiago de Veraguas, y que el doctor Porras y varios otros jefes viajaran con el armamento, por mar, hacia la Península de Azuero, para unirse todos, de ser posible, en Aguadulce. El 23 de abril inició Herrera su marcha terrestre, y el 24, por el Puerto de Pedregal, viajó Porras con los suyos, en pequeñas embarcaciones, siguiendo la costa, para evadir la **Boyacá.** Las dificultades de ambos grupos no fueron pocas, si bien el enemigo no les presentó ataque alguno. Ya se iniciaba la estación lluviosa del Istmo, con torrenciales aguaceros, desbordamiento de ríos, alta temperatura y gran humedad.

El 2 de mayo alcanzó Porras la boca del Río Tonosí; al día siguiente acampó en el pueblo del mismo nombre, del cual salió el 3 de mayo para Las Tablas, su lugar de nacimiento, a donde llegó el día 5, por lomas y llanos fangosos. Ya en Tonosí procedió a formar con los voluntarios chiricanos y los que se les agregaban el batallón **Libres de Chiriquí,** cuyo jefe vino a ser el General Manuel Quintero V., joven decidido y hábil en la refriega. Pasaron después a Los Santos y a Chitré el 7 de mayo, con un contingente de 500 hombres armados, por lo que advirtieron la necesidad de pedir ayuda a los liberales del Ecuador. A su turno, Herrera ha llegado a Tolé y sale con 350 hombres hacia Santiago, el 9 de mayo. En horas de la tarde del 10 de mayo Porras avanza desde Chitré y al día siguiente tocaba las riberas del Río Santa María, el más caudaloso y ancho de la región, ocupando inmediatamente a Aguadulce, en donde no hubo encuentro con el enemigo conservador. El 12 de mayo, a las once de la noche, Herrera ocupa Santiago, abandonada por un contingente conservador, que sigue por mar hacia David. En Aguadulce, Porras organiza el nuevo batallón **Azuero,** y allí se le unen Herrera y sus hombres, el 17 de mayo.

El mando conservador quedó escarmentado por la derrota de David, y ordena la evacuación de sus fuerzas en las Provincias de Los Santos y Veraguas, desalojando también la plaza de Aguadulce. La columna conservadora **Campo Serrano,** al mando del Coronel José

María Núñez Roca, desocupa Penonomé y desde Antón viaja por mar a Panamá.

En Aguadulce comenzaron a hacerse visibles ciertas diferencias entre Porras y Herrera, las cuales también se transmitieron a las tropas, pues los liberales colombianos formaban filas, principalmente, en los tres batallones iniciales, y los liberales panameños ya comenzaban a aglutinarse en los batallones **Libres de Chiriquí, Azuero y Tiradores de Coclé,** el último de los cuales se integró posteriormente, con el avance hacia Natá y Penonomé. Los colombianos o **centranos** se creían superiores a los novatos panameños, y hasta se jactaban de ello.

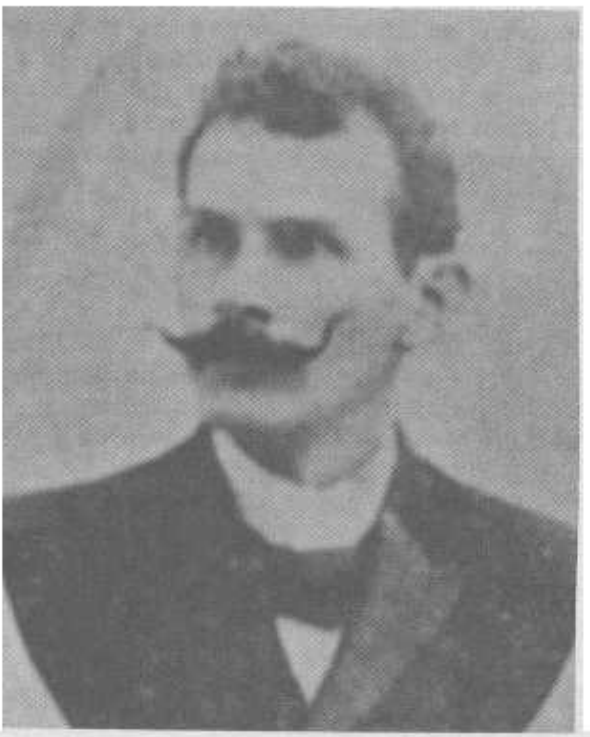
Porras había nombrado a Ignacio Quinzada como Jefe de la Segunda División, que era el grupo venido con el primero desde Tonosí, Las Tablas, Los Santos y Aguadulce. En Natá, Emiliano J. Herrera, frente a numerosos oficiales, reclamó a Porras el nombramiento de Quinzada, y le exigió que a él le correspondía organizar la Segunda División. El altercado de palabras fue duro entre ambos Jefes, y Herrera dio la orden de traslado de todas las tropas hacia Penonomé, mas los oficiales apoyaron al doctor Porras y algunos mediaron para que éste se entrevistara en conciliación con Herrera, lo que Porras hizo de buen grado. Sin embargo, así fue el comienzo de serias discordias entre ambos, que llegaron a su clímax los días anteriores a la batalla de Panamá, y que algo tuvieron que ver con el gran desastre liberal en el **Puente de Calidonia.**[4]

Los liberales temían que las fuerzas conservadoras vinieran al pueblo de Antón, a fin de cortar la marcha victoriosa del **Ejército Restaurador** (que así se llamaba la fuerza liberal) hacia la capital del Departamento (Panamá). Pensaron ocupar Antón, para presentar batalla en ese lugar; pero habiendo salido de Natá el 19 de mayo, pasando luego los Ríos Grande y Coclé, y acampado al día siguiente muy cerca de Penonomé, se decide finalmente un nuevo plan, el 21 de mayo, consistente en esquivar combate y avanzar por la cordillera hasta Chame, para acercarse a Panamá.

Porras y la mayor parte del Ejército pasan por las afueras de Penonomé, en la madrugada del 22 de mayo; a las nueve de la mañana están en Chigoré; a las once en Sonadora y a las dos de la tarde en Churuquita Chiquita, en donde tienen conocimiento de que Herrera y un grupo se ha extraviado y retrasado, sabiéndose también

el 23 de mayo que Herrera está en Churuquita Grande y les comunica que se agregará a Porras y a los suyos.

Dura y agotadora marcha, entre el 19 y el 24 de mayo, con escasa comida (se alimentaban de mangos, naranjas, guayabas, etc.); ríos en creciente; lluvias copiosas; altas lomas; desfiladeros peligrosos; caminos desconocidos; que sólo tuvieron en **El Valle,** a donde llegan el 24 de mayo, (siendo recibidos por Salvador Coronado y los vecinos del lugar), unos pocos días de alivio total, por su buen clima y abundancia de alimentos. Salen de ese rincón de la montaña, el 28 de mayo, y desde la eminencia divisan la flotilla conservadora que pasa frente a San Carlos y la Punta de Chame, en viaje hacia Panamá. La llegada a Chame, pueblo cercano a la costa, fue el mismo día. Herrera alcanza este pueblo en la tarde y pasa a Bejuco; Porras se queda en Chame a las diez de la noche.



Rafael Uribe Uribe (1859). Asesinado en Bogotá en 1914.

II

El Combate de La Negra Vieja o de Bejuco

Aparentemente, el Gobierno conservador del Departamento quiso hacerse fuerte en la ciudad de Panamá y evitó cualquier combate, en lo cual fortuitamente coincidió con la estrategia liberal. Ya en junio el General conservador José María Campo Serrano salió de Panamá para Colombia, con el fin de traer refuerzos por Colón, dejando al General Carlos Albán, como Jefe del Istmo.

Enterado el doctor Porras de que Herrera se proponía seguir avanzando, le escribe esa noche de su arribo a Chame, a fin de contenerlo, pero el Jefe de Operaciones no quiso revocar sus órdenes y al día siguiente el Ejército se movilizó de Bejuco hacia Capira. En ese momento habían reverdecido las rivalidades y diferencias de Natá, no sólo entre los dos Jefes principales, sino también entre **centranos y panameños.** Juan Antonio Mendoza decidió separarse de la artillería, explicando en su renuncia: " Estoy dispuesto a sacrificar mi vida en aras de la causa liberal, pero nunca en un cuerpo en el cual se me mira con el más profundo desprecio".[5]

En la fecha de la movilización del Ejército, el 29, cuando Porras se acercó a la residencia de Juan Remón, en Bejuco, donde

estaba el General Herrera, éste insultó a Julio Bernal, voluntario de Antón, acusándolo de intentar el robo de una montura y sosteniendo Herrera un rifle en la mano. Bernal, Alfredo Patiño y César Fernández, tomaron el camino opuesto y fueron alcanzados por Porras, quien los convenció para que no se retiraran del Ejército.

Como Porras siguiera adelante, recibe la información de que acababa de ocurrir un choque entre Juan Antonio Mendoza y un grupo del **Uribe Uribe,** por lo que Porras se dirigió a galope al lugar de los hechos, enterándose de que Mendoza le había disparado un tiro a un soldado de ese batallón y que los demás soldados quisieron vengar al herido, gritando en el tumulto "Que vengan todos juntos los Porras y los Mendozas", pero que el General Salamanca y un grupo del **Robles** calmaron la situación. Nicholson y Montes, **centranos,** habían hecho caso omiso de una reclamación de Mendoza, dando origen al incidente.

El 30 de mayo, Jefes y soldados del **Ejército Restaurador** estaban en Capira, y Herrera, que con miembros del Estado Mayor siempre acampaba lejos de Porras y los suyos, le escribe por la noche a Porras que al día siguiente pensaba salir para La Chorrera, a pesar de que todo el día los Jefes habían recorrido los alrededores de Capira y hasta llegado a Cermeño, por lo cual Porras insistía en que era equivocado el avance a Capira y La Chorrera. Al recibir la notificación de Herrera, esa misma noche Porras le solicita que aplace aquel movimiento y que se reúna con los oficiales el 31 de mayo, para adoptar una decisión colectiva.

En efecto, se reune el Consejo de Oficiales en Capira. Porras se esforzó en convencerlos de que era necesario retroceder a Chame, para aguardar "los auxilios pedidos al exterior", sin los cuales no sería posible triunfar. Destacó la inconveniencia del avance de la Primera División (Herrera), dejando atrás la Segunda; expuso las grandes dificultades de presentar batalla en Capira; llamó la atención sobre la concentración de tropas conservadoras en La Chorrera, que comenzaba a conocerse. Sin embargo, todos los oficiales, al impulso del arrojo bélico del liberalismo en esa **Guerra,** se decidieron por el avance a La Chorrera, lo que produjo gran desazón en Porras.

En las primeras horas de la madrugada llega a Capira Juan Bernal, desde Bejuco, trayendo misiva remitida desde Panamá por José Juan Icaza, con la que enviaba una carta de Eusebio Morales,

fechada en Guayaquil, el 25 de mayo, en la cual notificaba la obtención de refuerzos y su arribo tan pronto lograra transporte. Porras, que no había podido conciliar el sueño, convoca nuevamente a todos los oficiales; les lee la carta de Morales; reitera su propuesta de replegarse a Bejuco y Chame, en espera de los refuerzos o del enemigo, y esta vez los Oficiales aceptan la estrategia de Porras, iniciándose horas después la contramarcha, al despuntar la mañana del 1o. de junio. El **Ejército Restaurador** acampa entre Bejuco y Chame, poblaciones contiguas, separadas por un llano, que en los últimos veinte años ha venido desapareciendo, por el lado de la Vía Interamericana, pues se ha urbanizado considerablemente.

El 2 de junio los Jefes liberales inspeccionan las inmediaciones de Bejuco, para fijar posiciones defensivas, pues tienen noticias de que batallones conservadores se concentran en La Chorrera. Observan que el llano anterior a Bejuco, por el camino de Capira a éste, y sus colinas cercanas al poblado, pueden ofrecerles un frente defensivo ideal, y dan órdenes para ubicar los batallones en esos lugares. Ya las avanzadas conservadoras de exploración, comandadas por el Coronel Pedro Sotomayor, Jefe de la Policía de Panamá, hacen incursiones hacia el llano de Bejuco, y el día 3 de junio los del **Uribe Uribe,** que han descubierto una patrulla conservadora, le disparan, causando la muerte al Coronel Florencio Casio.

Ambos Ejércitos exploran y espían sus posiciones. El 5 de junio, Porras, Herrera y un grupo liberal se adelantan hacia Espavé, desde Bejuco; por el lado contrario, desde Capira, Sotomayor y su patrulla hacen lo mismo. Las dos avanzadas están a punto de encontrarse y se los impide un aguacero torrencial, que los obliga a guarecerse, cada cual muy cerca del contrario, sin saberlo, por lo que regresan a sus posiciones, hallando los conservadores una gran creciente en el Río Sajalices, y los liberales, otra igual, en el Río Lagarto. El choque de los dos Ejércitos es inminente.

El General Carlos Albán ordena que la fuerza conservadora, integrada por los batallones **Colombia, Ulloa y Quinto de Cali,** viniendo de La Chorrera y Capira, se posesionen el 7 de junio de Espavé, un caserío a dos millas y media del llano de Bejuco, donde se había instalado a su vez el **Ejército Restaurador.** A las cuatro de la tarde se detienen los mencionados batallones conservadores en Espavé, al mando de los Generales Carlos M. Sarria, Belisario Lozada y Miguel Guerrero, y de los Coroneles Pedro Sotomayor y Alejandro

Ortiz, con orden de atacar al alba del día siguiente. Los conservadores habían decidido presentar batalla y destrozar al Ejército Liberal, para impedir que alcanzara la capital.

Con anticipación, los Jefes Liberales han distribuido sus fuerzas en las tres alas clásicas: una mitad del **Robles** a la derecha, adelantándose hacia el llano, con apoyo de una compañía del **Uribe;** a la izquierda, en el Cerro de La Cruz, el **Libres de Chiriquí;** más allá, todavía por la izquierda, como avanzada, el **César Conto** en el Cerro Las Paredes y abajo de éste la caballería; al centro, la mitad del **Robles;** y atrás, más próxima a Bejuco, la artillería, en el pequeño **Cerro de La Negra Vieja.**

Porras y Herrera se comunican toda clase de ideas, el 7 de junio, pensando en sorprender al enemigo. Herrera le escribe al primero sobre una expedición marítima, que por retaguardia ataque a Panamá, mientras otro grupo liberal atacaría por tierra en La Chorrera. Herrera se hace ilusiones con la posibilidad de transporte en la flotilla con que contaban, pero la verdad era distinta, pues esos buques no garantizaban el éxito de la acción marítima sorpresiva. Porras advierte la perspectiva utópica de la idea de Herrera, pues "tropezábamos con la eterna dificultad de la falta de transporte". Los dos Jefes liberales se afanan con el plan de ejecutar un desplazamiento nocturno, para caer sobre los conservadores en Espavé la noche del 7 de junio, flanqueando por detrás de El Tigre, a la izquierda (camino del Guayabo), y por el Camino del Reparadero, que une a Capira y Bejuco, por el lado derecho (el Palmar). Encomiendan esta acción a un grupo que será dirigido por el Coronel Salamanca y por el Cabo Palomeque, quienes se enfrascan en una disputa verbal que paralizándolos, da al traste con la improvisada aventura.

Las deserciones de voluntarios y la falta de armamento han reducido la fuerza liberal a unos 500 hombres, y deben apostar algunos retenes en Antón y en San Carlos, y a Punta de Chame se va medio batallón **Uribe,** encabezado por Paulo E. Morales, Roberto Nicholson, R. de Agüero y Ezequiel Abadía. Incluso han apartado al **Azuero,** a fin de que resguarde el Camino del Reparadero, detrás de las líneas liberales, tratando de evitar un ataque envolvente por retaguardia. Sólo quedaban cuatro centenas de liberales, en su gran mayoría inexpertos en las lides bélicas, para hacerle frente a conservadores veteranos y experimentados. La realidad que estaba ante los liberales era la de defenderse desde las posiciones altas ocupadas. La escena estaba totalmente preparada para el combate.

En efecto, las avanzadas de los dos Ejércitos "se tiroteaban desde el alba" del 8 de junio. Unos 425 liberales se iban a enfrentar a los ataques y a las cargas de 800 conservadores, en las colinas y en el llano de Bejuco, escenificando el combate que unos han denominado con éste último nombre, y otros con el nombre de **Combate de La Negra Vieja.** Para mayor eficacia de Belona, diosa de la guerra, el día fue claro, con sol brillante, en sus diez largas y sangrientas horas, a pesar de que la estación lluviosa había comenzado desde fines de abril.

La derecha liberal, en el llano un tanto boscoso, la ocupan una mitad del batallón **Robles** y una compañía del **Uribe Uribe;** a la izquierda, en el Cerro de La Cruz, el **Libres de Chiriquí** está agazapado, en líneas de tiradores; más distante, por el mismo rumbo el **César Conto,** en lo alto del Cerro Las Paredes; y al centro, la segunda mitad del **Robles;** equivocadamente, las caballerías **Libres de Colombia y Patria,** jefaturadas por el Sargento Mayor David Juliao y el Capitán Agámez, se ubican en la avanzada, por donde debía iniciar su marcha el Ejército conservador.

A las seis y media de la mañana, un campesino cualquiera avisa a Porras, en Chame, que ha escuchado descargas de fusiles. A caballo, el doctor Porras, acompañado de Juan Antonio Mendoza, Ignacio Quinzada, A. Cajar, Pedro Maitín, Juan Goytía, Nicolás Alvarado, Víctor Pabón, César Fernández y Heliodoro Vernaza, miembros de su Estado Mayor, corren por el llano anexo a Chame, pasan el caserío de Bejuco y suben a **La Negra Vieja,** donde están Herrera y los demás jefes, con el único cañón de que disponen.

Las tropas conservadoras, divididas en tres batallones, el **Colombia,** el **Ulloa** y el **Quinto de Cali,** saliendo por el palmar del Río Lagarto (un poco antes existía y existe un caserío denominado entonces Lagarto y hoy Santa Cruz), se desplegaron rápidamente hacia el centro, pero el cañón en manos de los liberales hizo su primera descarga, a dos mil seiscientos metros, y esas tropas se contuvieron momentáneamente, mientras el combate comenzaba por la izquierda liberal (derecha conservadora), contra el **César Conto,** cuyo fuego desde **Las Paredes** (atrás de donde actualmente queda la tienda Quesos Mili) estaba impidiendo el avance conservador. La caballería liberal, primer obstáculo, fue destrozada porque prácticamente se había colocado al descubierto. Los tres batallones conservadores cargaron, pues, sobre el **César Conto,** disparando con dos cañones modernos en tanto que el **Conto** sólo contaba con unos

cien hombres. La batalla se había generalizado; la fusilería y el tronar de los cañones, los gritos de los combatientes ("Viva el Partido Liberal", unos; "Viva el Ulloa" , otros; "Viva la Revolución", los de más allá), los toques de cornetas, hacían un estrépito ensordecedor, y el humo envolvía por todas partes, a cada descarga, a unos y otros.

A las dos horas de fuego, los conservadores han desalojado al **Conto** de la prominencia que ocupaba, y los liberales hacen venir al **Azuero,** no ya para reforzar al **Conto,** sino para recuperar la loma estratégica. Los conservadores continúan avanzando y hacen retroceder al **Azuero** hasta las primeras casas de Bejuco. Creen derrotados al **Conto** y al **Azuero,** que se han replegado, por lo cual ahora cargan contra los **Libres de Chiriquí,** en el Cerro de La Cruz. La derrota asoma en los rostros de los que están en **La Negra Vieja,** pero el doctor Porras retoma enérgicamente la lucha.[6] Llama a Juan Antonio Mendoza, a quien califica de "bravo entre los bravos", y le pide apoyar al **Azuero** y reconquistar la altura perdida por el **Conto.** Al cabo de una hora de reñida lucha, los liberales del **Azuero,** con el apoyo del **Conto** y de los **Libres de Chiriquí,** recuperan definitivamente Las Paredes. Gavino Estribí ha cogido de la cima el pendón del **Ulloa** y se lo lleva a Porras en **La Negra Vieja.**

Los otros cuerpos conservadores, que creen derrotado el flanco izquierdo liberal, cargan entonces por la derecha, contra el **Robles,** que allí rechaza plenamente al **Colombia** y al **Quinto de Cali,** aunque el Jefe liberal, General Luis Salamanca, está herido. Se adelanta un grupo conservador, portando un cañón y se alejan de sus propias huestes, intentando ametrallar de cerca a los liberales, por el centro. En **La Negra Vieja,** al lado de Porras, han caído algunas víctimas de la fusilería conservadora, que ataca con balas explosivas, las cuales en muchas contiendas estaban prohibidas. Algunos valientes liberales que allí rodean a Porras, como Juan Goytía, Víctor Pabón, Vianor Bellido, Toribio Salgado, José J. Castillo, Guillermo J. Ruiz, le piden al doctor Porras que les permita ir a silenciar al cañón adelantado por el enemigo. Porras le da el mando al intrépido Roberto Cano, quien con 30 hombres, baja de **La Negra Vieja,** corren de matorral en matorral, van hacia la batería conservadora y los del **Robles,** dándose cuenta de la maniobra, arrecian el fuego. Entre los valientes, el Coronel Juan de Dios Ortiz, apodado el Cabo Pichincha, Segundo comandante del **Robles,** avanza porque los conservadores, sintiéndose derrotados, desmontan el cañón de su cureña y lo llevan en hombros, mientras otros alzan las armas gritando "Nosotros somos liberales",

en actitud de rendición; pero al darse cuenta de que sólo se les enfrentaba un puñado de liberales, disparan sobre ellos y cae para siempre el Cabo Pichincha. Los demás liberales vuelven a la carga y el pánico hace presa del grupo conservador, que llevándose el calibre de la pieza de artillería, huye en busca de la protección de sus filas principales, colocadas más atrás.

El batallón **Colombia** ha atacado otra vez por la derecha, pero la mitad del **Robles,** apoyada por una compañía del **Uribe Uribe,** lo contiene frente a frente, lo hace retroceder, y se produce el desconcierto en las filas conservadoras, uno de cuyos jefes, el Mayor Preciado, cae herido a los ataques de una sección del **Robles,** dirigida por el Coronel Palomeque. Están heridos también los Jefes conservadores Guerrero y Hernández. El General Sarria, percatándose de que es imposible mantener las posiciones del llano, ordena la retirada.

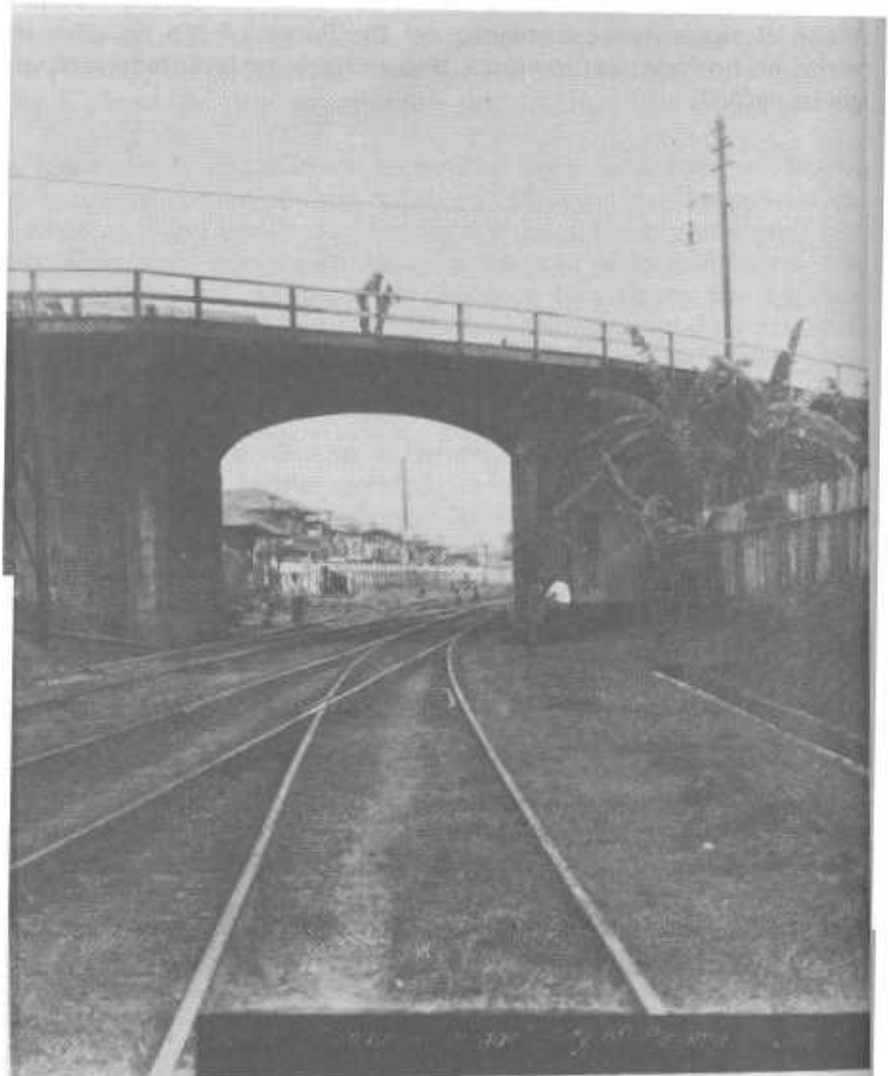
El enemigo conservador se va concentrando a la carrera, retirándose, hacia la punta del llano (el palmar del Río Lagarto) por donde en la mañana había iniciado su ataque, a fin de ordenar un poco la retirada. Son las cinco de la tarde, y el cañón liberal hace un último disparo que cae en el centro de los conservadores derrotados.

Como los liberales habían perdido la caballería desde las primeras horas de la batalla, y su Ejército está cansado, exhausto, no pueden perseguir al Ejército conservador; dejan que se repliegue hacia El Espavé, donde habían pernoctado el día anterior; tal vez a La Chorrera, tal vez a Panamá. El triunfo liberal es indiscutible, por la temeridad, el arrojo, la valentía de sus huestes, a pesar de que el armamento proporcionado por el Presidente Zelaya era viejo, usado, y no pocos rifles quedaron inservibles al primer disparo. Más que a Herrera, el éxito se debió a las mejores órdenes, certeras y confiadas, del doctor Porras, en medio del combate, según se reconoce en el parte respectivo, que lleva la firma del propio Herrera.[7]

En el **Ejército Restaurador,** como se denominaba el liberal, hubo 21 muertos, entre ellos un jefe y siete oficiales, y un total de 37 heridos. Los conservadores tuvieron tres jefes heridos, 21 muertos (entre ellos un oficial), 46 heridos y tres extraviados. Los liberales retuvieron 80 prisioneros.[8]

El espectáculo de muertos y heridos, tanto en el campo de

recuerdo notorio del combate de **La Negra Vieja,** que fue un triunfo del arrojo liberal. Una placa del pedestal indica que es un "Homenaje del Comité Pro-Mejoras de Bejuco al Dr. Belisario Porras, Caudillo Liberal y Héroe Máximo de la batalla del Cerro de La Negra Vieja". Añade el siguiente pensamiento del Dr. Porras: " Yo no cifro mi mérito en no haber caído nunca, sino en haberme levantado cada vez que he caído".



El Puente de Calidonia en 1920, poco antes de que fuera eliminado y tal como quedó reconstruido en 1906.

III

El Desastre Liberal en el Puente de Calidonia

Obligados al combate de **La Negra Vieja,** en Bejuco, Belisario Porras, Emiliano J. Herrera y los demás jefes liberales consideraron que debían aguardar los refuerzos anunciados por Eusebio A. Morales, desde Guayaquil, los cuales, para el día de la batalla del 8 de junio, aún no habían llegado. Esa batalla dejó la fuerza liberal bastante diezmada y sin parque suficiente.

Pocos días después de aquel combate, el Gobierno trató de poner a flote **La Luisa,** en la Punta de Chame, con dos pequeñas embarcaciones prestadas por la Compañía del Canal. Porras envió a ese punto 50 hombres, mandados por Ricardo Nicholson, quienes el 13 de junio lograron capturar esos buques (uno de ellos fue llamado "La Cisterna").

A medida que pasaba el tiempo, la ansiedad y el temor invadían las filas liberales, por lo cual se pensó que el General Herrera, despejado el camino por la victoria liberal, situara el grueso de las tropas en La Chorrera, y que Porras con un grupo reducido permaneciera en Chame, a la espera de Morales. Todo el mes de junio transcurrió en

vano. Precioso tiempo que permitía a los conservadores reponerse de su descalabro y concentrarse en la ciudad de Panamá, esperando también refuerzos.

Desesperado Porras por la demora de Eusebio Morales, dispuso enviar, aproximadamente a mediados de junio, a la costa sur de Colombia, donde peleaban contingentes liberales, a Paulo E. Morales y Manuel Patiño en **La Cisterna** (uno de los buques de la Compañía del Canal), con dirección a Esmeraldas (Ecuador), a fin de traer los implementos obtenidos por Eusebio Morales, pues éste comunicaba carecer de transporte. También envió Porras al sur otra comisión, al mando de Rafael Urriola y Remigio Quintero, para que llegaran al Río San Juan, en busca de un armamento que por escrito le había prometido el General José Cicerón Castillo, en correspondencia de mayo de 1900.

En el sur, esas comisiones se entrevistaron con el General Simón Chaux, con el Coronel Temístocles Díaz (a cuyo mando estaba el pequeño vapor **Ricardo Gaitán Obeso,** por haberse distinguido valerosamente ese panameño en la lucha de Tumaco), con el General José Antonio Ramírez Uribe, con el Comandante Domingo S. De La Rosa (quien de Panamá había ido a pelear al Cauca) y con otros liberales. Se acordó auxiliar a Porras y a Herrera, con celeridad, y embarcados en el **Gaitán, en La Rosa del Charco y La Cisterna,** salió ese grupo y el batallón **Mosquera,** que mandaba de la Rosa, con el propósito de llegar a Chame.

El **Gaitán,** que se había adelantado, alcanzó su destino el 4 de julio, con 300 fusiles máuser y 40,000 tiros. Se agregaban, así, al Ejército del Istmo, los Jefes Chaux, José Cicerón Castillo, Ricardo Gómez, Temístocles Rengifo, Temístocles Díaz, el mismo Paulo Emilio Morales (que regresaba) y otros más.

Los Generales José A. Ramírez Uribe y Domingo S. De La Rosa, con el batallón **Mosquera,** y las naves **Rosa del Charco y La Cisterna,** se habían retrasado en Nuquí, y debían esperar el regreso del **Gaitán,** comandado por Temístocles Díaz, quien viajó de nuevo al sur el día 6 de julio y al encontrarse con aquéllos les participó de la orden consistente en que la mayor parte del **Mosquera** desembarcara por el Bayano y Chepo, con Temístocles Díaz y José A. Ramírez Uribe, mientras el **Gaitán,** jefaturado por Domingo De La Rosa, llegara otra vez a Chame, con **La Rosa del Charco y La Cisterna.** Ello ocurrió, según testimonio de Domingo De La Rosa,

el día 11 de julio, anclando frente a Punta Chame. En ese contingente vinieron también el General José A. Ramírez Uribe y el Coronel Temístocles Díaz.

En la ejecución del acercamiento a Panamá, Herrera se adelantó con sus efectivos hasta La Chorrera, casi a mediados de julio, lugar que estaba libre de tropas enemigas.

Al fin, el 13 de julio llegó Eusebio A. Morales, desde Corinto, Nicaragua, y no desde Guayaquil, al Puerto de San Carlos, muy cerca de Chame, a bordo de la famosa **Momotombo,** de la primera expedición, transportando armas y hombres. Al día siguiente, el 14 de julio, fueron recibidos entusiastamente por Porras y los demás, en Chame. Interesa reseñar las gestiones de Morales.

Su salida desde Chitré, el 10 de mayo, para dirigirse al Ecuador, y su viaje desde Taboga, le causaron dificultades serias. En Guayaquil y Quito, a pesar de las entrevistas prometedoras que tuvo con el Presidente Eloy Alfaro y con muchos liberales colombianos, que tras las derrotas del Centro y del Sur buscaron refugio en Ecuador, no fue posible a Morales obtener armas. Sin embargo, con el apoyo de Eloy Alfaro, el Dr. Eusebio A. Morales logró que se colocara un armamento en el puerto nicaragüense de Corinto, y él mismo hubo de viajar a Nicaragua, para recibirlo, llegando a Managua "el 2 ó 3 de julio", como él mismo dice.[11] Arreglado el viaje en la **Momotombo,** con armas y hombres, pudo llegar, como se deja explicado, a San Carlos, a mediados de julio.

Bueno es destacar la desfavorable circunstancia de que el capitán de la **Momotombo** no quiso llevar el parque de guerra que transportaba, hasta La Chorrera, sino que lo desembarcó en la playa de San Carlos. Mendoza, Secretario de Gobierno en el campo liberal, conocía a Victoriano Lorenzo, Gobernador o Corregidor de La Trinidad, El Cacao, Sirí, Churuquita y La Pintada (o sea, desde los Cerros de Capira y Cermeño, a todo lo largo de la cordillera, hasta las cercanías de Penonomé), por haber defendido Mendoza a Lorenzo, en el juicio por la muerte de Pedro Hoyos, Regidor rival de Capira. También Porras conocía, de tiempo atrás, a Lorenzo. Por ello, Porras y Mendoza decidieron llamarlo, a fin de que transportara el parque recibido.

Con base en los abusos gubernamentales que sufrían los cam-

pesinos e indígenas de esa región, comprometiéronse los jefes liberales a redimirlos de exacciones como el diezmo y las restricciones para laborar la sal marítima, y Lorenzo ofreció 60 hombres para llevar las armas hasta Capira o Chorrera. Tal fue el comienzo de las guerrillas del Cholo Coclesano,[12] que llegó hasta el grado de General de División, al lado de los liberales, y que al celebrarse la paz del **Wisconsin** fue puesto en mano de generales conservadores que incumplieron su compromiso respecto de Lorenzo; acusado falsamente de no acatar el armisticio final de la guerra, fue enjuiciado sumariamente el 14 de mayo de 1903 y fusilado de modo inicuo al siguiente día, en la ciudad de Panamá, según la sentencia de un Consejo Verbal de Guerra en que actuaron los jefes militares conservadores a quienes Lorenzo había mantenido en jaque por largos meses. Venganza horrible, asesinato sin remisión, en el que desempeñó papel señalado, como Presidente de ese Consejo, el General Esteban Huertas, fusilamiento que analizaremos en la **Cuarta Parte.**

De tal modo, entre principios y mediados de julio, el apoyo que venía del exterior, desde la costa sur colombiana y desde el Puerto de Corinto, alcanzó Chame. Los viejos rémingtons de muchos soldados fueron reemplazados por los máusers, y con Eusebio Morales habían arribado varios liberales panameños, entre ellos los jóvenes Guillermo Andreve, Nicolás Tejada, Nelson H. Juliao y otros, quienes habían ido a Puntarenas y Nicaragua, en busca de compañeros que se unirían a las tropas liberales de Panamá.

Los días de Chame y Bejuco habían traído más discordias entre Porras y Herrera, las cuales subieron de punto cuando se incorporaron los liberales colombianos venidos del Cauca y del Ecuador. "En medio de múltiples ocupaciones y cuidados —escribe Porras, en sus **Memorias**—, cuando más nos desvelábamos por el bienestar del Ejército, cuando eran mayores las atenciones del Gobierno que manteníamos en todo el Departamento, con excepción de Chiriquí y de las ciudades de Panamá y Colón, Herrera vivía en acecho, excitando rivalidades entre los oficiales, ganándose con ascensos inmerecidos a los que habían merecido alguna reprensión mía o se mostraban desafectos a mi persona, despertando recelos entre mis allegados y preparando, como una levadura en fermento, el conflicto final".[13] Varios de los jefes colombianos formaban en la cohorte de los que apoyaban a Herrera y hasta desautorizaban al doctor Porras. La diferencia regional, de panameños y centranos, continuaba ahondando discrepancias bastante frecuentes, a veces por motivos

fútiles, pero que llegaban, en el fondo, a propiciar decisiones que se tornaron fatales.

Nosotros hemos revisado muchos documentos y testimonios personales, de una facción y de otra. En ocasiones, Porras se ha obstinado en dejar mal a Herrera. Sin embargo, por ecuanimidad histórica, estimamos que Porras tuvo fundamentalmente la razón y que el General Emiliano J. Herrera no estuvo a la altura de las ejecutorias y decisiones bélicas que pudieron garantizar el triunfo en el asalto a la ciudad de Panamá.

Otro aspecto que cabe aludir, en este punto, es el de que los liberales panameños estuvieron siempre temerosos de que sus acciones de guerra pudieran traer un conflicto internacional con los Estados Unidos, y mucho se cuidaron de atacar las propiedades del ferrocarril transístmico, de que era dueña la Compañía Francesa del Canal, o de interrumpir el tránsito ferrocarrilero, pues aquella potencia tenía el derecho de intervención, para garantizar el libre paso de un mar a otro,[14] y ello constituía un serio riesgo para los revolucionarios liberales. Lo más que hicieron fue solicitarle neutralidad en ese servicio de transporte al Coronel J.R. Shaler, Superintendente de la Empresa (carta de 13 de julio, firmada por Carlos A. Mendoza), y darle garantías de seguridad para sus propiedades, lo que no tuvo éxito alguno, desde luego, por cuanto que la Compañía propietaria no osaba adversar al Gobierno conservador en guerra, y mucho menos favorecer a los liberales revolucionarios.

Al día siguiente, Mendoza dirigió una circular a los Cónsules de la ciudad de Panamá, en la que los excitaba a propiciar "que las fuerzas dictatoriales salgan a batirse en despoblado con el Ejército Restaurador o que se entreguen a discresión las plazas de Panamá y Colón con los elementos de guerra en ellas existentes".[15]

Desde Chame, el grupo de Porras se dirigió por mar a La Chorrera el 16 de julio, y en esa población se celebró en la noche del día siguiente un Consejo de Guerra, para trazar el plan de asalto a Panamá. Porras, Herrera, Mendoza, Morales, Quinzada, Neira, Paulo Emilio Morales y otros jefes asistieron al Consejo, no así Chaux, que estaba enfermo en el Puerto de La Chorrera, ni R. de Agüero, ni Icaza, Clement y Gómez, que también habían quedado en ese puerto, y por razones desconocidas tampoco estuvieron Abadía y Rengifo, quienes se encontraban en La Chorrera.

Con respecto al plan aludido, es conveniente reproducir lo que explica el doctor Porras:

"Sabido todo lo que precede, dije a los miembros del Consejo: **propongo asaltar la ciudad en nuestros botes por los lados de Farfán.** El grueso del Ejército avanzaría al Arraiján, enseguida a Cocolí, y al acercarse a la vía férrea, cruzarla a Miraflores con la rapidez que fuese dable, seguiría luego a Corozal y se apoderaría de sus lomas; ya en ellas, se daría la mano y se pondría al habla con Ramírez y sus 250 caucanos, que ocuparían las otras lomas hasta el mar, Cangrejo, Bellavista y Perry's Hill. Ostentarían entonces sus fuerzas desplegándolas en las lomas; le harían ver al enemigo que íbamos todos por ahí y atraerían su atención con cañoneo constante; fingirían un ataque, y noche y día lo hostigarían con la amenaza. Mientras tanto, 300 hombres, que son los que caben en la flotilla, a lo más, ocultos en Farfán (en el estero los botes, y los hombres en los ranchos) aguardarían el aviso de aquel simulacro de ataque para asaltar **de noche** la costa —por la Boca, San Lázaro, Punta Mala, Barraza y Gavilán— y subir con igual sigilo al Ancón, atacar por detrás en la mañana al enemigo en la estrechura y favorecer la entrada de los aparentes atacantes en las lomas...

"Nadie combatió directamente el proyecto enunciado. Paulo Emilio Morales propuso que fuéramos a desembarcar a Peña Prieta o a Paitilla, o a la Boca de la Caja, y en esta idea lo apoyó Herrera con calor y abiertamente. Superfluo me parece reproducir lo que se dijo...

"El Consejo de Oficiales tuvo el buen juicio de rechazar esa barbaridad y adoptar mi plan. Entonces Herrera, encargado de su desarrollo y ejecución, indicó que las fuerzas acantonadas en el puerto y que eran los batallones **Colunje e Iturralde,** de 100 plazas cada uno, y el **Panamá** de 78 (los 25 isleños de Vásquez y los 53 reclutas de Chame) serían los encargados de obrar por Farfán. Las fuerzas acantonadas en el pueblo (de La Chorrera) serían el centro y marcharían con el mismo Herrera al Arraiján, de donde **avisaría éste el día y la hora de su salidad a Corozal,** para que su llegada a ese punto coincidiera con la entrada sigilosa de las otras fuerzas que irían por agua a situarse en frente de La Boca, y de las que haríamos parte Mendoza, Morales y yo" (**Memorias,** Tomo I., págs. 295 y 296).

El plan anterior, tal como lo describe Porras, es confirmado por el General Domingo S. De La Rosa, con lujo de detalles en

cuanto a la distribución y operaciones de los batallones, según consta a páginas 67 de sus **Recuerdos,** en donde termina así:

"El doctor Belisario Porras, en la flotilla, con los Generales Simón Chaux, José Cicerón Castillo y los batallones **Mateo Iturralde, Gil Colunje y Panamá** seguiría por Farfán y de allí **previo aviso convenido, saltaría de noche,** a las playas de La Boca, San Lázaro, Puntamala y Gavilán, con el fin de subir al Cerro Ancón y asaltar a la ciudad, a la mañana siguiente".[16]

Hemos subrayado algunas frases de lo escrito por De La Rosa, a fin de destacar que Herrera debía avisar a Porras cuando estuviera listo para avanzar, con el propósito de concertar sus acciones, y que Porras atacaría de noche por La Boca, subiría al Cerro Ancón y caería sobre la ciudad de Panamá al día siguiente. Se convino también que el General José Antonio Ramírez Uribe y el Coronel Temístocles Díaz, con 250 caucanos, desembarcarían por el Río Bayano y vendrían por Chepo y Pacora, a unirse al Ejército Liberal en Perry's Hill.

Los días 18 y 19 de julio salió de La Chorrera todo el Ejército que avanzaría por tierra, mientras Porras y sus grupos quedaban en La Chorrera, para marchar a Farfán, en espera del aviso del General Herrera. La cerrada estación lluviosa se encargó de dificultar enormemente la marcha de los batallones, hacia Arraiján. Además, las raciones de comida que llevaban no eran muy abundantes y pronto les faltó alimentación. El día 18 de julio, por la tarde, las primeras tropas de lo que debía ser el centro llegaron a Arraiján, y al día siguiente salieron para Cocolí y Miraflores. El 19 abandonaron La Chorrera los últimos batallones; y alcanzaron Arraiján esa misma tarde, pero la vanguardia ya había dejado esta población, en la mañana. Ello significa que los dos grupos liberales llevaban una diferencia no menor de doce horas, lo que se debió a que salieron de La Chorrera en días diferentes (18 y 19 de julio). Pero fue convenido, y se instruyó a los Jefes de batallones, que **todos** se reunieran en Miraflores, por lo cual, los primeros debían esperar allí a los últimos.

El 20 de julio, estando aún Porras en La Chorrera, recibe la siguiente esquela, remitida por Herrera: "Camino infernal. El **Conto** apenas llegará hoy 19 a Arraiján. El **Justo Arosemena,** mañana. Mucha bestia cansada. **No podré avanzar sino el 21**". Luego en la

noche del mismo día, a Porras le llega una segunda correspondencia de Herrera, en la cual critica el plan previo y le dice que se ha informado de que el enemigo ha distribuido 400 hombres fuera de la ciudad de Panamá, entre ellos 200 en La Boca, y que los liberales de Farfán sólo deberían atacar como un servicio estratégico. La lectura de esa segunda carta ha exaltado a Belisario Porras, quien de inmediato le constesta largamente al Jefe de Operaciones; censura las ideas de Herrera, basadas en una información que Porras juzga "a todas luces falsa e inverosímil" (la de que los conservadores estaban enviando fuerzas divididas fuera de la ciudad); le pide que mantenga el plan original y se niega a enviarle las tropas que Herrera solicitaba.

Confiado en que Herrera iniciaría su avance desde Arraiján el 21 de julio, como se lo acababa de afirmar el propio Jefe de Operaciones, Porras se apresta a salir para el Puerto de La Chorrera el día 21, temprano, y es informado de que desde las primeras horas del día se escucha fuego de cañones y fusiles por el lado de Corozal. Llegado al puerto, Chaux, Icaza y Clement le confirman haber escuchado la fusilería. Al promediar ese día 21, debiendo esperar la marea, Porras y los batallones que han quedado a su mando se embarcan en el **Gaitán, La Cisterna, La Helvecia** y otros barcos menores. A las cuatro de la tarde alcanzan Punta Venado, y Porras decide mantenerse oculto en ese lugar, para seguir de noche y arribar en la madrugada del día 22 a Farfán. Bajan a tierra, a fin de descansar en la oscuridad.

¿Qué había ocurrido ese 21 de julio por los lados de Corozal? ¿A qué se debían el tronar de cañones y el fuego de fusiles? Porras y los batallones que lo acompañan no lo saben. Como le sucedió a ese grupo rezagado, no sigamos la secuencia cronológica de los hechos bélicos, sino el curso que llevaba el grupo de Porras. Este cumple la maniobra marítima convenida y en la madrugada del 22 desembarca las tropas en Farfán. Al mediodía, recibe las primeras informaciones del combate de Corozal, ocurrido el día anterior. También se percata entonces Porras de que el **Gaitán** no está en el fondeadero y a la una de la tarde se escucha un cañonazo, disparado desde **Las Bóvedas,** que da en la playa, porque en ese momento llegaba el **Gaitán,** remolcando un buque pequeño que había capturado poco tiempo antes, mar afuera. La imprudente acción de captura desplegada por Paulo E. Morales y Chaux, ya los había delatado, o confirmaba la presencia de liberales en Farfán. Sin duda que ello descartaba el factor sorpresa del ataque por La Boca y el Ancón, antes convenido en el Plan de La Chorrera.

En horas de la tarde del 22, llega a Farfán el Coronel Carlos E. Jaramillo con un mensaje de Herrera, en el que comunicaba lo acontecido en el combate de Corozal y remitía copia de las cartas de exigencia de rendición que Herrera se ha cruzado con el General Albán. Ya es tiempo de que examinemos el combate de Corozal, ocurrido en la mañana del 21 de julio.

En verdad, Herrera ha ordenado el 19 de julio que los primeros batallones salgan de Arraiján, en dirección de Cocolí, Miraflores, Corozal y Perry's Hill. Pero nada de ello le avisa a Porras, sino que el día anterior le ha enviado "un papelito", expresándole que sólo podría avanzar desde Arraiján el 21, siendo que el 19 y el 20 todos los batallones habían dejado Arraiján. ¿A qué se debió esta actitud de engaño? Los batallones que vienen más atrasados salen de Arraiján el 20. Herrera con su grupo de oficiales se les adelantan. Esos últimos batallones duermen al descampado, el 20 de julio, en Cocolí y reciben una magra ración de alimentos, en tanto que los otros batallones han avanzado hacia **Miraflores.** El 21 muy temprano, con la oscuridad aún, esa retaguardia avanza: "a las primeras horas del día, llegamos a Miraflores, donde con gran sorpresa no encontramos a los batallones que nos habían precedido en la marcha".[17]

Explica el ponderado y sereno General Domingo S. De La Rosa que "la ausencia de nuestras tropas compañeras fue originada por una imprudencia cometida por los Jefes de los batalones **Luis A. Robles y César Conto,** que fueron los primeros que llegaron a Miraflores. Sucedió que, contrariando la consigna recibida —falta explicable en Jefes Militares vencedores y novicios, como lo éramos la mayor parte de los que por allí andábamos— resolvieron, por sí y ante sí, ir a acampar a Corozal. Pero he aquí que venía figurando como Capitán supernumerario del batallón **Conto** un tal Teófilo Pérez, entiendo que jugador de profesión". "Tan pronto como el espía Pérez tuvo conocimiento de la inconsulta determinación de los citados Jefes, tomó uno de los trenes que pasaban para ir a la ciudad de Panamá, a darle cuenta de lo que estaba sucediendo al General Carlos Albán, Comandante en Jefe del Ejército contrario. Impuesto éste de que nuestras tropas estaban desunidas, sin pérdida de tiempo, movió tres de sus batallones hacia **Corozal,** los cuales dirigidos personalmente por él, atacaron por retaguardia, a los nuestros, en las primeras horas del día veintiuno de julio de mil novecientos".[18]

El General De La Rosa atribuye el avance hacia **Corozal,** del

20 en la noche, a **imprudencia** de los Jefes del **Robles y Conto**. No explica las razones de su conclusión. Es objetivamente cierto que Herrera ha engañado a Porras, en cuanto al aviso de su salida desde Arraiján, engaño que es muy grave, porque dislocaba el plan previo y tendía a dejar a Porras marginado de los acontecimientos.

A las cinco de la mañana del 21, los batallones gobiernistas **Henao, Colombia y Quinto de Cali,** dirigidos por el propio General Albán, iniciaron el ataque, llevando la ventaja de la sorpresa; y estando próximos al triunfo, sucedió que se presentaron al lugar de la batalla otros escuadrones liberales, que habían escuchado de lejos la fusilería, y al mando de Herrera cargaron por la retaguardia de los conservadores, atrapándolos entre dos fuegos. Casi un par de horas después, el combate de **Corozal** había concluido con muertos conservadores y muchos prisioneros, escapándose Albán con oficiales y soldados hacia la cercana ciudad de Panamá.

El pánico se apoderó esa mañana de todas las fuerzas conservadoras, incluso de las que estaban en la ciudad. Los Generales Belisario Losada y José Miguel Guerrero G., los Coroneles J. M. Parada Leal y Juan Antonio Henríquez, amén de otros conservadores, huyeron de la ciudad para refugiarse en la cercana Isla de Flamenco, en el barco inglés **Leander,** y el mismo Albán ordenó preparar el bote de la Capitanía del Puerto, por si tenía que abandonar la plaza. Ese pánico es descrito por el conservador Donaldo Velasco del modo siguiente: ".....el pánico, ese compañero inseparable del corazón humano en todo cataclismo físico o moral, había invadido en su grado más alto los corazones de los jefes del Gobierno así civiles como militares. Muchos de ellas buscaron refugio dentro de los baluartes de un crucero inglés, el **Leander,** teniendo como inevitable la caída de Panamá, y quizás el exterminio de los conservadores".(19)

Hubo algunos jefes liberales, como Nicholson, Salamanca, Cano, Aparicio, Salgado y Quintero, que solicitaron a Herrera la ocupación inmediata de la ciudad de Panamá, debido al pánico de los conservadores, y del que tuvieron conocimiento oportuno, según informes traídos desde la ciudad por amigos de la causa (entre ellos, una hija de Benjamín Ruiz, y Ulpiano Sencial). No obstante, Herrera contestaba: "No tengo orden de seguir". Pero tampoco había tenido orden de alterar el plan original; ni de exigir una rendición

incondicional, que Albán no aceptó. ¿Qué decir o pensar de semejante actuación de Herrera?.[20]

El 21 de julio Herrera le dirigió al General Carlos Albán un ultimatum de 24 horas, para que entregara la ciudad, lo que el

Nuevamente cedemos la palabra al General De La Rosa, imparcial testigo y actor en aquella lucha para que explique lo inexplicable, sobre lo relativo al tiempo transcurrido entre el 21 en la tarde y el 23 en la noche, sin acciones bélicas liberales, ni medidas adecuadas distintas al asalto de frente por Calidonia.

"El General Emiliano J. Herrera cometió, uno tras otro, dos grandes, inexplicables y fatales desaciertos. Primero: No haber perseguido a los fugitivos del combate del 21, o sea el de Corozal, entre los cuales iba el General Carlos Albán, cuya entrada en la ciudad fue la causa del **alarma** y del **pánico**... y de que, virtualmente, las puertas de la ciudad quedaban abiertas... " Segundo: Haber desperdiciado los dos días siguientes, en el ir y venir de la exigencia y respuesta referentes a la entrega incondicional de la ciudad, que habría podido tomarla el día anterior, con sólo haberlo intentado".[22]

El parlamento epistolar entre Herrera y Albán dio ocasión para que los conservadores se repusieran del pánico que les había causado la seria derrota de Corozal. El 22 de julio algunos jefes conservadores hablaron con Albán, a instancias de éste; entre ellos, el intrépido General Víctor Manuel Salazar se encargó de dirigir personalmente la defensa de la ciudad por todos lados, y Albán lo designó en el acto para tal fin. Conociendo de cerca las posibilidades e imposibilidades de acceso a la ciudad, los conservadores habían reforzado principalmente el Puente de Calidonia, un estrecho camino sin rebase por sus lados, utilizando rieles y durmientes, planchas de hierro, fortificaciones y armamento considerables. En la tarde de ese día 22, los conservadores emplazaron un cañón en el Tívoli, y enviaron a La Boca, en la noche, la columna **Campo Serrano,** al mando de los Coroneles José María y Manuel Núñez Roca. Organizaron rápidamente el 23 de julio sus tiradores y grupos móviles por **Peña Prieta** y por **La Boca.** Muy bien parapetados, se aprestaron a recibir a cubierto al fogoso enemigo liberal.

Pero volvamos al Dr. Porras y su grupo de Farfán, quienes el 22 de julio en la tarde recibieron comunicaciones remitidas por Herrera con el General Carlos E. Jaramillo, solicitándole que hiciera avanzar sus tropas por tierra hasta **Corozal,** para incorporarlas al asalto de la ciudad. El doctor Temístocles Rengifo, amigo de Herrera, también instaba por escrito a Porras para ese envío de las tropas.

Con la llegada del Coronel Jaramillo y la correspondencia de

Herrera que traía, el doctor Porras quedó exaltado y sin norte claro. Al tanto del modo impropio como Herrera se había dirigido a Albán, y como en la respuesta éste expresaba que "no es imposible un arreglo en condiciones honrosas", Porras optó por parlamentar directamente con el Jefe conservador; instruyó a Paulo E. Morales para que fuera a ello en la tarde del 22, y cuando disponían la salida oyeron descargas cerradas y seguidas por la Playa de Farfán, por lo que regresaron, encontrándose con que el General José Cicerón Castillo, al impulso de una extraña e imprudente idea, ordenó que los batallones se desplegaran por la playa, simulando un ataque, y dispararan hacia el agua, tratando de darle los mayores visos de realidad a tal simulacro. Allí terminó el parlamento en que Porras había pensado; terminó con esa "acción" ordenada por Castillo, que Porras hubo de calificar como " barbaridad inaudita", pues Morales se negó rotundamente, entonces, a cumplir la misión de paz a causa de las incongruentes e insensatas actuaciones del campo liberal.

Cuando a las once de la noche Jaramillo llevaba la contestación de Porras a Herrera, los Jefes liberales Agüero, Gómez, Morales y Chaux se enteraron de la negativa categórica de Porras, para enviar sus tropas al Jefe de Operaciones, negativa que causó gran disgusto a esos liberales. A tal punto llegó la presión de éstos que en la noche del día siguiente, 23 de julio, cuando todavía Porras se aprestaba a atacar por **La Boca**, pasando el Canal que hacían los franceses, el General Simón Chaux bajó del **Gaitán** y, en presencia de quienes acompañaban al doctor Porras, reponsabilizó a éste, si no accedía a enviar las tropas, por el rechazo que pudiera sufrir el asalto a Panamá. A semejante acusación, Porras decidió consultar a sus compañeros Eusebio Morales, Mendoza e Icaza, que presenciaron la gestión de Chaux. Morales aceptó que Chaux llevara las tropas a Herrera. Con visible contrariedad Mendoza acertó a decir: "Mándalas, pues". Julio Icaza "guardó silencio".[23] Por ello, la flotilla liberal transportó los batallones **Colunje e Iturralde,** esa misma noche, a **Boca de la Caja,** para que se unieran al Ejército en Perry's Hill y tomaran parte en el asalto del día siguiente a la capital del Departamento. Porras quedaba con unos cuarenta hombres en Farfán, mientras finalizaban las horas de la noche, en angustiosa espera del combate que ocurriría el 24 de julio.

Desde el 21 por la tarde, Herrera ordenó que el **Ejército Restaurador** pasara, de Corozal a Perry's Hill, lo que se completó íntegramente el 22 de julio. Esa colina de Perry's Hill queda a una

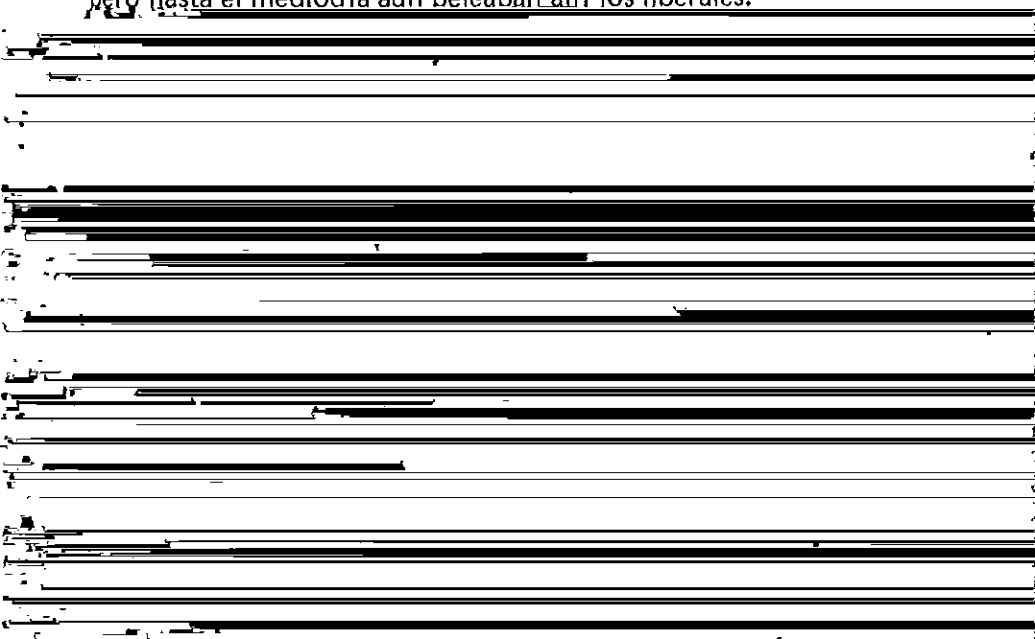
milla y algo más, del sitio en que estaba el **Puente de Calidonia,** una de las pocas entradas terrestres a la ciudad, por ese lado. Tal fue el punto de asalto elegido por Herrera. El día 23 hubo fuego de cañones, desde el Tívoli y desde Perry's Hill, anuncio de la batalla próxima. Por la tarde del 23 llegaron, desde Chepo y Las Sabanas, a Perry's Hill, José A. Ramírez Uribe y Temístocles Díaz con unos cien caucanos (y no 250, como habían anunciado los que venían desde el Sur); acamparon con Herrera en la mencionada colina. Chaux, Paulo E. Morales y otros jefes con los dos batallones que estaban en Farfán, pasaron a media noche del 23 de julio por la Bahía de Panamá, y desembarcaron en **Boca de la Caja,** avisándole a Herrera, que concentraba en el embudo hacia Calidonia la mayor parte de las fuerzas. A Domingo De La Rosa y su contingente le encargó Herrera el 22 de julio apostarse en la línea del ferrocarril, para evitar que por retaguardia los atacaran las fuerzas del General Carlos M. Sarria y del Coronel Pedro Sotomayor, que custodiaban la ciudad de Colón y podían venir en tren.

A las cuatro de la tarde del 23 de julio el propio Herrera, acompañado de José A. Ramírez, se presentó al campamento del General De La Rosa, a fin de que, luego de pasar el último tren de prima noche, llevara sus fuerzas al centro y se incorporara al grueso del Ejército, pues según le dijo Herrera el plan de asalto a la ciudad ya se había acordado. Como De La Rosa formulaba algunas observaciones desaprobatorias, destacando la imposibilidad de avanzar por los lados del **Puente de Calidonia,** dado que conocía muy bien el terreno, como empleado que había sido del Ferrocarril en Panamá hasta septiembre de 1899, Herrera le indicó que, como manifestaba conocer el lugar, hiciera vanguardia con sus tropas y que seguido por el **Uribe Uribe,** al mando del Coronel Ricardo Nicholson, atacaran de flanco por **Peña Prieta y Bella Vista.**

Todavía en horas de la noche del 23 de julio, varios jefes y soldados liberales (Carlos Jaramillo, Manuel Patiño, Francisco Manzano) le advirtieron a Herrera que las defensas y alambradas del Puente dificultarían mucho el avance liberal. "No importa; arremetan de firme y les dejarán el campo. No importa; habrá sus dijuntos"[24] dijo Herrera; y Salamanca lo apoyó: "El puente será nuestro; dos horas y es bastante". (Porras, pág. 322). La testarudez, las torpezas "castrenses", el "afán de gloria" del Gral, Herrera[25] y la estrategia suicida que caracterizó a los ejércitos liberales durante toda la **Guerra** sellaron la masacre liberal en Calidonia. A media noche del 23 y en la madrugada, llegaban a Perry's Hill los batallones **Iturralde** y **Colunje,** venidos de Farfán, para el suicida asalto.

Bien temprano en la mañana del día 24, los dos batallones liberales que iban por el lado de **Peña Prieta** se encontraron de improviso con una avanzada conservadora que les disparó sin presentar combate, cuyo corneta prisionero, les informó que venían 30 tiradores al mando del Coronel Víctor M. Salazar, quien con ellos, siguiendo su plan de defensas, se retiró velozmente a sus parapetos de la ciudad. Pero al poco tiempo, cuando los liberales seguían por la playa, recibieron las primeras descargas del enemigo, que ocultamente comenzó a causar destrozos en las filas revolucionarias, ya antes de las ocho de la mañana.

El memorable combate había comenzado. Mientras avanzaban los de **Peña Prieta,** De La Rosa recibió un tiro en el hombro derecho, que le perforó el húmero; con la ayuda de un soldado, puso el brazo en cabestrillo y con la izquierda empuñó su espada, pese al dolor y al derramamiento de sangre, para continuar dirigiendo el combate, al lado de Nicholson. Avanzando a campo abierto y a las primeras horas de la mañana, el fuego conservador era mortífero. Según expresa el General Salazar en su parte de guerra: "El arrojo de nuestros contendores mereció realmente nuestra admiración; pero así como avanzaban sobre nosotros iban quedando tendidos en la playa y a la sombra del mangle, muertos unos, heridos los demás" Fue vano y desgarrador el intento de llegar por ese lado con vivas al Partido Liberal en los labios, a las trincheras conservadoras. El ala izquierda, a última hora ubicada por Herrera desde **Peña Prieta,** había fracasado, al recibir temprano la concentración del fuego enemigo, pero hasta el mediodía aún peleaban allí los liberales.



Temístocles Díaz, el viejo Joaquín Arosemena, Juan Antonio Mendoza, Ricardo Gómez, Rogelio Agüero, Samuel Rostrup, Samuel Ruiz, Teodoro Aparicio, Eugenio Porras, Chagalón, Francisco Merel, Guillermo Echevarría; un poco más atrás, Simón Chaux, José A. Ramírez Castellanos, Ezequiel Vásquez, Manuel Patiño, Luis García Fábrega, Carlos Cartas, Temístocles Rengifo, Foción Tejada y su hijo, muertos los más de los mencionados, heridos los otros, y muchos más muertos y heridos, cuyos nombres llenaron una lista no recogida por la historia. La flor de la juventud liberal panameña se había inmolado por su causa ideológica.

Joaquín Arosemena, de más de sesenta años, había venido de su hacienda próxima de Las Sabanas, cuando pasaron por ella Temístocles Díaz y José A. Ramírez. El viejo liberal empuñaba un palo, un garrotillo, como una espada, y estuvo entre los primeros muertos del **Puente de Calidonia.** Un hijo de Foción Tejada fue herido en ese callejón de la muerte, y gritó: "Papá, estoy herido". Foción tornó a mirarlo, como diciéndole adiós para siempre, y al seguir en el avance de su pelotón, murió al pie de las trincheras enemigas, pues lo cierto fue que en aquella carnicería, los últimos grupos liberales llegaron "hasta los estribos del funesto puente".[26]

A las cuatro de la tarde se desató una furiosa lluvia, con rayos y truenos, que se confundían con los tiros de fusil y el grueso estampido de los cañones. Pero la refriega bélica no amainaba. Todavía entre diez y once de la noche, los liberales hicieron un postrer esfuerzo y tratando de protegerse con las sombras nocturnas avanzaron silenciosamente sobre las fortificaciones conservadoras. Pero las fuerzas oficiales los reciben con una de las descargas más cerradas, nutridas, largas, y ese intento final es rechazado.

Por el flanco derecho, tras duros asaltos el día 24 de julio, los liberales ocuparon la Ermita de San Miguel (lo que hoy se conoce como la Iglesia de San Miguel), poniendo allí en fuga a los conservadores, pero no pudieron ir más allá, puesto que desde el pequeño cerro Tívoli un cañón del Gobierno hacía fuego intenso.

El combate continuó todo el día siguiente, 25 de julio, pero había disminuido en intensidad, y como a las cuatro de la tarde las ambulancias chilena e inglesa lograron una corta tregua para recoger heridos y muertos. El espectáculo que se avisoró desde la eminencia del Puente fue dantesco: 600 hombres tendidos en el

estrecho campo de batalla (26 bis) A las cinco y media de la tarde entraba por Pueblo Nuevo el General Carlos M. Sarría con 200 hombres, viniendo de Colón, los cuales inmediatamente pasaron a reforzar el campo conservador. Esa misma tarde, los Cónsules de Estados Unidos, Francia e Inglaterra visitaron el campamento liberal y ofrecieron su mediación para un armisticio que evitara la continuación de la inútil sangría. Allí estaba Porras, que desde la mañana del 25 llegó a Perry's Hill, pudiendo darse cuenta de la magnitud y del horror del desastre.[27] Los Cónsules habían traído una carta de Albán, fechada ese mismo día, 25 de julio, con la propuesta de que el campo liberal aceptara las duras condiciones que el 21 había ofrecido Herrera. A pesar de que ya esa tarde la derrota liberal estaba consumada y no había acción bélica alguna, los conservadores atacaron a la reducida guarnición de la Ermita de San Miguel, a las siete de la noche, para recuperar el lugar y para despejar el camino a los 1,250 hombres que pronto llegarían al mando del General José María Campo Serrano, refuerzo que desde junio éste buscó en la Costa Atlántica colombiana.

En la noche del 25, los jefes liberales (Porras, Herrera, Mendoza, Chaux, etc.) discutieron las posibilidades últimas. Por experiencia directa, todos ellos sabían que los conservadores victoriosos no les darían cuartel. Herrera, Chaux, Salvador Toledo, Temístocles Rengifo, Pío Bolaños, Paulo E. Morales, Lubín Manrique y otros **centranos** decidieron ponerse a salvo en el **Gaitán,** para continuar la lucha en el Sur. El mismo Herrera dejó credenciales a Mendoza para que firmara la capitulación. Porras dispuso quedarse, para auxiliar a tantos heridos y hacerle frente en persona a todas las consecuencias del descalabro.

En la madrugada del 26 de julio llegaban desde Colón 1,250 hombres, comandados por el General Campo Serrano (proveniente de Barranquilla), y se colocaron en la línea del Ferrocarril, cerrando la retaguardia de los derrotados liberales. Tal refuerzo confirmaba los rumores de la destrucción de los grandes ejércitos liberales en **Palonegro,** dos meses atrás. En horas del día, Mendoza firmó la capitulación.

Si bien la responsabilidad principal del desastre liberal en el **Puente de Calidonia** corresponde a Herrera y a los jefes **centranos** que lo apoyaron para que asaltara por ese lado, Porras no puede ser exculpado totalmente. El era el jefe del liberalismo panameño; Jefe Civil y Militar del Ejército Restaurador, y como líder no le estaba

permitido adoptar una "actitud de despecho", marginándose del combate del día 24 de julio. Nada le impidió llegar a Perry's Hill el 23, para hacer el último esfuerzo, ante Herrera y su grupo, a fin de que adoptara una mejor estrategia en el combate. Así hubiera fortalecido la voz de quienes le hicieron objeciones a Herrera. Y en todo caso, de no ser atendido, hubiera habido una constancia histórica de su oposición. No obstante esta crítica que hacemos de la actuación del Dr. Porras en esos momentos, crítica que estimamos legítima, ella no merma en modo alguno la gran valentía personal de que dio tantas pruebas.

A pesar de las garantías dadas por el General Albán, en el documento de rendición, los jefes conservadores no se avinieron a respetarlas en muchos casos. La "santa represalia" comenzaba a imponerse en el Departamento de Panamá, y el General Albán, en días humanitario y compasivo hacía concesiones y respetaba la libertad de los vencidos, y otras veces estallaba en furor contra los liberales. En la fecha del Golpe de Estado ocurrido en Bogotá el 31 de julio, ese mismo día se avino Albán a conceder pasaporte al Dr. Porras, para que pudiera viajar al extranjero, como Porras lo deseaba.[28] En agosto, ordenó Albán la detención de Eusebio Morales y de Carlos A. Mendoza; pero varias semanas después los llevó a su presencia para felicitarlos por la forma honesta y pulcra como Porras y los demás jefes liberales habían procedido con las finanzas del **Ejército Restaurador,** cuya contabilidad pudo examinar Albán, y tras los encomios finalizó dejándolos en libertad.

De un total de 1,200 tropas liberales que iniciaron el combate del **Puente de Calidonia,** hubo 600 bajas, aproximadamente la mitad muertos y la mitad heridos. Incluyendo el combate de **Corozal,** los conservadores sólo tuvieron 32 muertos y 66 heridos. Así había terminado la primera invasión liberal al Istmo, de abril a julio de 1900. Como en muchas otras partes de Colombia, los heroicos liberales confiaron en que su gran y trágico arrojo les garantizaría la victoria.

Interesa en este punto referirnos al destino que tuvieron las armas cuyo transporte se le había encomendado a Victoriano Lorenzo, desde San Carlos, a mediados de julio. Lorenzo estableció una especie de alianza con los liberales, y éstos le prometieron liberar a los campesinos de algunas exacciones gubernamentales y de las restricciones sobre el comercio de la sal. El Regidor Lorenzo se

obligó a poner las armas en La Chorrera, primero, y después cerca de la línea del Ferrocarril, pues los liberales querían utilizarlas en el asalto a la ciudad de Panamá. De San Carlos y La Chorrera, y de este último pueblo a **Cocolí**, Victoriano y su gente cumplieron con su promesa. Pero como ya las fuerzas liberales estaban siendo derrotadas, Lorenzo decidió regresar a la montaña con unos 60 rifles. Avisado Albán de que un grupo "liberal" se había retirado con armamento, ordenó a Pedro Sotomayor que con apoyo de soldados los persiguiera. No pudieron alcanzar a los fugitivos, pero se internaron hasta las montañas y quemaron varios ranchos de esos campesinos. Al seguir en la persecución, una partida de campesinos, armas en mano, ocultos en los matorrales del bosque, los esperó y dispararon fuego sobre Sotomayor y su gente, que volvieron grupas a la estampida. Algún tiempo después, liberales de Penonomé como Bernal, Rangel, Amador y otros se unieron al grupo de Lorenzo, iniciándose de este modo la temible guerrilla que posteriormente sería el pánico de los conservadores poblanos y que se distinguiría en la tercera campaña de Panamá.